Veníamos de la nada

La selección del Jurado





2020



Veníamos de la nada / III

La selección del Jurado

Créditos

Título: Veníamos de la nada / III. La selección del Jurado.
Edita: ***Rosablanca***

Diseño y maquetación: Carlos Fernández Prego

Veníamos de la nada / III

La selección del Jurado

Esta edición de **Veníamos de la nada** es una vía más para poner a su alcance las obras que han participado durante 2020 en el tercer Premio Café Español, convocado por ***Rosablanca***. Todos esos Relatos Cortos fueron publicados previamente en las redes sociales, como característica especial de este Premio, y posteriormente valorados en su totalidad por el Jurado. En tan solo tres años de existencia, el Premio Café Español ha alcanzado un importante nivel en la calidad literaria de los relatos presentados y por el recorrido, como escritores, de los autores y autoras participantes. Este volumen es una muestra de tan solo 50 relatos concursantes, seleccionados por el Jurado del Premio entre los mejor clasificados, una vez elegido el relato ganador y el finalista. Gracias a todos por su obra y por ensanchar el espacio de la literatura en español.

1. Introducción

Veníamos de la nada

Villanueva del Rey es un punto pequeño en la serranía cordobesa, sus casas blancas se vierten por las laderas del monte y el agua, cuando llueve, riega la puerta del **Café Español** desde 1896, donde un industrial sin complejos construyó un café bar a lo *parisienne*. Todo lo que rodea ese pueblo de 1.047 habitantes es memoria de viñas y emigración. Y, como en otros muchos lugares, caminos que perdieron el tren y buscan mantenerse y crecer contracorriente. En Villanueva del Rey (Córdoba) hay estrellas más cercanas, noche de veranos en que la claridad del firmamento ilumina las verbenas de La Dehesa. Una de esas noches nació un relato nuevo con buena estrella.

Los orígenes del premio Café Español

En la calle Real se necesita toldo para proteger la imagen de Santiago Apóstol cuando procesiona a finales de julio. Entre el Ayuntamiento nuevo de ahora y el Café Español (1896) se tensan las cuerdas para hacer sombra y los altillos de la calle son un balcón corrido hasta el Barrio Alto. Antes de que llegue el san to hay tiempo en la terraza para refrescarse y pensar. En

otros lugares, como el Café Gijón de Madrid y otros muchos Café Español del país nacieron ideas para escribir, a solas o en grupo. Esta sobre un Premio Café Español granó en poco tiempo y 15 personas diversas y distantes físicamente dijeron "sí". Era el otoño de 2017.

Los Rosablanca

El cura del pueblo dice no conocer a "Los Rosablanca", aunque muchos de ellos van a misa y cuidan con fervor histórico de la imagen de una virgen. Como tales Rosablanca son conocidos por todo el pueblo y su historia va unida al Café Español desde 1932. Esa fue, en muchas ocasiones y hasta el dia de hoy, la escuela familiar de hostelería. Blanca era la rosa en la solapa del alguacil que cortaba las entradas del baile y la de su hermano dueño del bar. Ni la guerra civil, que subió rápida hasta Villanueva del Rey, consiguió borrarles el apodo aunque la mitad de ellos tuvo que huir. Los Rosablanca y el Café Español han sido la primera televisión, el lugar de las bodas, el baile del sábado a las 7, los negocios al calor del brasero y la mesa de servir la comida a la autoridad. Unos huyeron, otros se quedaron para luego emigrar o volver a quedarse. Ahora y desde 2014, Los Rosablanca saltan cada año los picos de la sierra para que el flujo de la cultura (fotografía y literatura) llegue a cualquier parte y siga bajando por la calle Real de Villanueva del Rey.

Donde estén, lo son: Rosablanca (aunque el párroco no haya oído hablar de ellos en 34 años).

2.
El Premio Café Español 2020

Escribir bajo amenaza

En 2017 un pequeño Premio Café Español nacía con el apoyo de un presidente del Jurado que fue **presidente de la Agencia Efe de Noticias, Alfonso S. Palomares**, escritor con múltiples obras en su haber y excelente periodista siempre. Ese año presentábamos orgullosos el resultado del estreno: 37 relatos nacidos de la nada (es una forma de hablar): de los promotores del concurso y otras personas que empezaron a enviar sus relatos por amor a escribir principalmente. Entre ellos, José María Noguerol, ganador con su escrito ***Noche de tormenta***. Nacer fue un esfuerzo a lomos de un anhelo.

2018 os trajo la buena nueva de que el escritor Alfredo Conde, Premio Nacional de Literatura y Premio Nadal, entre otros muchos galardones nacionales e internacional se incorporaba con su gran generosidad para presidir ese Jurado. Como buen navegante, con él nos pusimos a dar a conocer la convocatoria del Premio desde Córdoba hasta Galicia y se mejoró la dotación económica para el relato ganador. El resultado fueron 103

relatos concursantes, entre los que sobresalió ***Hitler en Tánger***, de **Javier Valenzuela**, periodista y escritor.

Nada hacía suponer en enero de 2020 que tantas vidas, tanta cultura, tantos esfuerzos, desaparecerían o quedarían paralizados por la llegada de una pandemia mundial que convierte lo grande en casi nada y lo pequeño en invisible. ***Rosablanca*** tuvo que decidir ante la amenaza de que el Premio desapareciese como otras muchas iniciativas y la duda razonable de que los autores y autoras, encerrados en sus casas, tuviesen ánimo para participar en un concurso, no ya para crear y escribir. La respuesta a la decisión de continuar ha sido sorprendente. Sólo algún relato recibido alude a la enfermedad producida por el virus (el precedente de los relatos de 2018 era la radiografía de un país apesadumbrado). Por el contrario, la narración más creativa y la mejor literatura se han abierto paso para darnos este conjunto de obras diversas y, en muchos casos, excelentes. Un cierto arrojo cuando todo aconsejaba lo contrario nos ha traído un Premio 2020 crecido en lo literario, en número de seguidores y en ánimos para llegar hasta la edición de este libro.

Gracias por estos años, por acompañarnos.

Rosablanca

3.
El reto del Jurado

Todos sabían lo que es hacer de Jurado de un concurso literario. No por eso la encomienda se comprobó menos importante conforme fue avanzando el plazo de la convocatoria en este Premio Café Español 2020 y la recepción de relatos fue creciendo.

Lo suyo ha sido un acto prolongado de generosidad desinteresada, de apoyo y sabiduría. Forman un Jurado de Honor en este año tan especial y todos lo eran ya individualmente.



Alfredo Conde
Presidente

Nacido en Allariz (Orense), estudió Náutica y Filosofía y Letras.

Premio Nacional de Literatura en 1986 por su obra ***El Griffón***. En 1991 ganó el **Premio Nadal de Novela** con ***Los otros días***.

Ha recibido, entre otros, los premios *Grinzane Cavour, Nacional de la Crítica, Blanco Amor de Novela, Guimaraes de Cuentos y Ateneo de Valladolid*. También el *Julio Camba* y el *Fernández Latorre* de periodismo.

Su obra ha sido traducida al inglés, italiano, chino, francés o ruso, entre otros idiomas. Fue el primer vicepresidente de la Asocia-

ción de Escritores en Lingua Galega (AELG) y primer presidente del PEN Club de Galicia (1990-1991).

Es doctor en Letras (h.c.) por *La Trobe University of Melbourne* (Australia) y Caballero de la Orden de las Artes y las Letras de Francia. Es uno de los autores de mayor proyección internacional de las letras gallegas contemporáneas.



Manuel Ángel Barbero
Vocal

Premio Círculo de Lectores de Novela 2015 con su obra ***Los días perdidos***.

De Espiel (Córdoba), forma parte del Jurado desde su primera convocatoria, en 2018. Su paso por la Universidad Laboral de Córdoba despertó su amor por la lectura y los libros. Afirma que Miguel Delibes y Dulce Chacón son los dos escritores que más le han marcado. Es bibliotecario en Espiel. Aficionado a las carreras por montaña y de ultrafondo.



Rodolfo Serrano
Vocal

Periodista y escritor, ha estado vinculado al diario El País durante dos décadas.

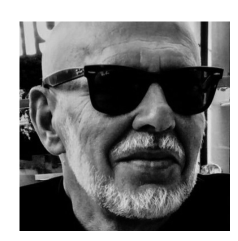
Es uno de los impulsores del **Premio Café Español** y parte del Jurado desde su inicio. Como poeta, ha publicado *Los cuerpos lejanos, Tu nombre estaba en todas las ciudades y Fábricas abandonadas*, entre otros. Publicó también el ensayo sobre periodismo *Un oficio de fracasados* y las novelas *Un único crimen* y *El llanto de Aquiles*. Es autor, junto a su hijo Daniel Serrano, de *Toda España era una cárcel. Memoria de los presos del franquismo* y de *La España de Cuéntame*. Colabora como autor de las letras de algunas canciones de su hijo Ismael Serrano, y con otros cantautores.



Pedro A. González Moreno
Vocal

Premio Café Gijón de Novela y José Hierro de Poesía.

Nacido en Calzada de Calatrava (Ciudad Real), es licenciado en Filología Hispánica. Su obra "*La mujer de la escalera*" le llevó al Premio Café Gijón de Novela 2017 y con *El ruido de la savia* recibió el **Premio José Hierro** de poesía en 2013. En 2016 fue ganador del Premio de ensayo "Fray Luis de León" (Valladolid). Desde 1987 y hasta 1999 dirigió el *Aula Literaria Gerardo Diego*, en Pozuelo de Alarcón (Madrid).



Javier Valenzuela
Vocal

Ganador del Premio Café Español 2019.

Con su relato corto **Hitler en Tánger**, Javier Valenzuela (Granada) consiguió el Premio Café Español y el derecho a ser miembro de su Jurado en la siguiente convocatoria, la de 2020. Javier Valenzuela, conocedor profundo de la realidad magrebí, describe en su relato el ambiente de la ciudad marroquí (entonces Protectorado español de Marruecos), en vísperas de la segunda guerra europea. Durante treinta años trabajó en el diario *El País*, donde fue director adjunto y corresponsal en Beirut, Rabat, París y Washington. Fue fundador y director de la revista *tintaLibre*. Tiene publicados doce libros (*El Partido de Dios; Crónica del nuevo Oriente Próximo, La última frontera* —en colaboración con Alberto Masegosa—, *Tangerina, Limones negros…* y *Pólvora, tabaco y cuero* (2019).

El relato ganador

Mercedes González Rivera



Mercedes González Rivera (Ferrol,1951) reside en A Coruña; es licenciada en Filología románica y ha sido catedrática de Literatura y Lengua Española en la provincia de Lugo. Presentaba dos relatos en la edición de 2020 del Premio Café Español. Su primera participación en un concurso literario fue en 2019, también en el Premio Café Español, con una historia de ambiente estudiantil.

Crónica de un viernes anunciado

Mercedes González Rivera

Se miró al espejo y sólo pudo ver unos ojos interrogantes esperando respuestas que ella no podría dar. Esta vez no buscó los surcos de la edad, las ojeras de noches en vela, las canas malamente disimuladas por un tinte barato. No era la mañana apropiada para convencerse de que el tiempo no se había ensañado con ella, de que había sido generoso al regalarle una apariencia juvenil de la que dudaba ser merecedora. No. Aquel no era un día como los demás. O quizás sí…

Salió de casa sabiendo que era muy temprano, que aún faltaban horas para llegar al lugar donde le había dicho que esperaría. No tenía prisa. Ni siquiera las gotas de lluvia que empezaban a mojar su pelo hicieron que apurara el paso porque agradecía aquella humedad que parecía querer aclarar sus ideas. En el contestador no le indicaba qué era lo que quería; sólo un mensaje escueto indicando el lugar y la hora donde la esperaría al día siguiente. Era viernes. Siempre era viernes. Su voz intentaba parecer fría y lejana pero ella reconocería aquella voz entre miles de voces, entre miles de sonidos. Siempre la reconocía. Y pensó en cómo actuaría cuando lo viera, qué le diría después de tanto tiempo, en cómo tratar de parecer tranquila cuando ni siquiera ahora lo estaba. Nunca lo estaba.

Llegó a la plaza desierta y miró a su alrededor: algunos bares aún permanecían cerrados, las tiendas con las puertas entornadas apenas tenían clientes, el palco de la música silencioso, y el ayuntamiento con pereza recibía el vuelo de las palomas que nerviosas escapaban de la lluvia hacia el alero de

la puerta principal. Soledad y humedad que cae de las hojas de los plátanos… en otoño o en invierno siempre era así; en primavera y verano era diferente; la plaza se vestía con las sombrillas de las cafeterías, las palomas competían en vuelo con otros pájaros y en las escaleras del ayuntamiento siempre había alguien que iba o venía con aparente tranquilidad. Pero ella prefería las estaciones invernales; lo que necesitaba decirle tendría que ser en la intimidad del silencio, al abrigo del frío, solos ellos dos, sin distracciones, sin testigos. Quizás esta vez sería así.

Se aproximaba la hora señalada. Nerviosa empezó a dar pequeños paseos sin abrir el paraguas, mirando a todos lados, esperaba que apareciera de un momento a otro, con aquel andar pausado e inconfundible con que lo recordaba.

El reloj del ayuntamiento desgranó pesadamente las horas. Pasaban los minutos, pasaba el tiempo y sólo la lluvia seguía haciendo acto de presencia… No viene. Hoy no viene.

Abrió el paraguas y empezó a caminar lentamente hacia casa. Sintió el calor de sus lágrimas pero no se molestó en secarse la cara, prefería tener aquella cortina húmeda y espesa que le nublaba la vista y no le dejaba ver la calle ni los rostros de los que con ella se cruzaban.

Al entrar colgó la gabardina y dejó el paraguas en una esquina del pasillo. Tenía frío. Fue hacia la cocina para hacerse un café. Preparó en una fuente dos tazas y salió al descansillo. Llamó a la puerta de Celia y, después de decirle que el café estaba listo, le explicó, una vez más, que él no había aparecido. Las dos pasaron hacia la cocina y Celia, al atravesar el comedor, observó, una vez más, que la luz del contestador del teléfono de Inés parpadeaba indicando la presencia de un mensaje y pensó que hasta cuándo su amiga dejaría de escuchar cada jueves aquel mensaje enviado hacía años y que ella, enferma de esperanza y soledad, se empeñaba en creer que, cada jueves, era un mensaje

diferente donde él la citaba para verla al día siguiente, para verla el viernes. Siempre era un viernes.

El relato finalista

Raimundo Martín Benedicto



Raimundo Martín Benedicto (Murcia) es el finalista en esta edición del Premio Café Español. Competía con su historia ***Platos***, una dura reflexión en primera persona, no exenta de amargura sobre la condición humana y la convivencia.

Licenciado en Derecho y Periodismo, es director de un extenso camping en Pilar de la Horadada (Alicante). En lo literario, colabora en revistas digitales del sector como ***El coloquio de los perros***, ***Ars Creatio*** o ***Contraluz***. Está corrigiendo su primera novela, que aspira a poder presentar en 2021.

El plato

Raimundo Martín Benedicto

En muy pocos minutos tengo que decidir si dejo a mi mujer. En realidad, podría no hacerlo porque muy probablemente ella decidirá por mí. En cualquier caso, todo depende del destino de este vulgar plato blanco que estoy a punto de enjuagar en el fregadero de nuestro bar. Si lo aclaro y coloco en el escurreplatos, lo habitual, todo seguirá como hasta ahora. Si, por el contrario, lo dejo tal como está, sucio y enjabonado, o lo estampo con rabia contra el suelo o la pared, me temo que habrá algún cambio en nuestras vidas.

Es curioso comprobar cómo la simplicidad e infinita redondez de este plato resume mi papel en los últimos veintitrés años. Es un objeto plano, con un fin muy básico y sin ningún tipo de arista. Muy equilibrado y de resistencia probada, ocupa poco sitio y se almacena sin dificultad. Tiene un volumen contenido y una discreción en las formas que lo hacen adecuado para todo tipo de eventos, ágapes o recepciones. Cumple con su fin sin estridencias ni vacuas aspiraciones, puesto que hace tiempo que se resignó a la indiferencia de los comensales.

Hoy es un día extraño que abril le ha tomado prestado al invierno. Un viento intermitente ha traído unas gotas de estraperlo, lluvia robada e incoherente que mantiene a la gente en sus casas, muy lejos de nuestro local. La máquina tragaperras taladra mis oídos machaconamente y el aroma a restos de café me satura la nariz.

Parece que el plato tiene un resto de comida, así que lo volveré a enjabonar y frotar con este estropajo, lo que me dará algún

minuto más para sopesar mi situación. Esto no me viene mal, tampoco es cuestión de precipitarme. No quiero echar por la borda media vida, así que me recrearé en algunos buenos momentos. Al fin y al cabo, no pueden ocuparme mucho tiempo: una boda arreglada entre familias, un hijo que reniega de mí y un negocio abierto con el dinero de una indemnización por despido son magro argumento para la ensoñación.

"¿No ves que no te están quedando bien los platos?", oigo a mis espaldas. Es mi mujer, mi compañera, mi lucero, quien, distraída por su obsesión por opinar sobre todos mis actos, no puede apreciar el verdadero valor del plato que sostienen mis manos. Lo sujeto con mucha fuerza, como si tuviera garras, con mis nudillos lívidos de tanto apretar. Noto cómo el agua caliente me acaricia los dedos, pero su temperatura ni se acerca a la de mis entrañas. Es imposible que el plato se me escurra y caiga accidentalmente al suelo, pero no descarto en absoluto que acabe estrellado contra esa maldita máquina tragaperras.

Hace años que este calor que ahora siento no significa sino rabia. Ojalá fuera amor, pero llevo lustros sin que anule mi razón esa pasión iniciática de dos amantes inexpertos que ardían con solo imaginarse. Ese fulgor que hoy significa hartazgo fue un día pura pasión licuada; la luz y los dedos rasgando sábanas húmedas se han tornado oscuridad y paseos solitarios ávidos de silencio.

"Me miras y no me ves", me recrimina. "No puedo verte", me gustaría contestarle. Me lo impiden estas lágrimas heladas que, de pura transparencia, tú nunca apreciarás. Los ojos ya no son el espejo de mi alma, sino un agujero cuya profundidad ni siquiera podrías imaginar.

Es abril y hace un frío imposible. Nuestra vida es ya sólo teatro y este plato una pieza insignificante de la tramoya que tú manejas a tu antojo. Si supieras con qué ganas lo destrozaría…

Pero hace frío, mucho frío, y sólo encuentro calor en el agua que me arruga las manos.

Los relatos cortos mejor valorados del Premio Café Español 2020



Perchas

Mar Horno García

Sabes que me encantan. Siempre te quejas de que la casa está llena de perchas. Perchas incongruentes, excéntricas, desconjuntadas, que he ido comprando, incluso adoptando, a lo largo de mi vida. Como aquella que encontré tirada en un callejón, olvidada después de años de ofrecer su utilidad callada, su ayuda desprendida. No tuve más remedio que llevármela a casa. O aquella del rastro que nadie quería porque estaba astillada y le faltaba un colgador, como si ser viejo y amputado fuese un pecado. Diríase que las colecciono de forma enfermiza, aunque tengo que decirte que no, que las necesito. No puedo explicarte, pero abrir la puerta, cuando vengo sofocada de la calle después de un día de perros, con las manos ocupadas, incluso la boca, y verla allí, en el recibidor, con sus ganchos generosos y ofrecidos sin pudor para que cuelgue bolsos, impermeable mojado, cansancio, hastío, problemas. Y entrar en casa desprendida de todo lo que es una carga, un peso… Eso, no tiene precio. Son para mí perchas oasis. Perchas consuelo. Perchas salvavidas. Todas. Las del armario del dormitorio, para que no se arruguen mis vestidos, tus camisas, aquella corbata horrible de la boda e ir con prisa porque llego tarde a la oficina o a la cena y encontrarlo todo allí, ordenado. La metálica del baño, donde siempre espera el albornoz suave y solícito para limpiar mis ojos de espuma y envolver mi cuerpo que tirita. La de detrás de la puerta de la habitación de invitados, que recibe ansiosa las batas de mis amigos, recién compradas para el viaje anhelado de reencuentro. El perchero trasnochado del pasillo

que sostuvo fiel el sombrero de mi abuelo, donde lo colgaba todas las noches junto a su dura vida de fieltro gastado. Las perchitas de colores de la cocina, alegres de sostener sin esfuerzo a las livianas servilletas, serviciales siempre a las manos que huelen a nuez moscada, perejil y canciones tarareadas. Y, sobre todo, la percha que hoy me sirve para decirte, que, desde hace un tiempo y sin pretenderlo, estoy colgada de otro hombre.

El hombre del faro

Victoria Trigo Bello

Cuando la mar reclama lo suyo, el Hombre del Faro se acerca renqueando hasta el pueblo. Nadie lo ha visto, pero todos le conocen. El Hombre del Faro vive en el fondo del océano y cuando se aburre, sale a buscar compañía. El Hombre del Faro elige qué casa tiene que entregar un padre, un marido, o tal vez un hijo, un hermano a las aguas. El Hombre del Faro hace una marca en la puerta, una marca que algunos identifican con una cabeza de dragón, otros con un pez de tres ojos. Da lo mismo. Da igual cómo trace esa señal en la madera. Dicen que el Hombre del Faro deja esos mensajes usando un colmillo del tiburón que se le llevó una pierna, ésa que le volvió a crecer con forma de remo y le sangra cuando las olas se vuelven de piedra.

El Hombre del Faro tiene las manos de hielo y sus uñas son escamas negras con las que rompe vidas y disloca timones. Apenas alguien menciona al Hombre del Faro, lloran los niños descalzos, las mujeres enredan los dedos en rosarios y las campanas esparcen su hierro por las calles. Y es que el Hombre del Faro es un arpón en el alma, un luto que anida en la ropa de los tendedores, en las mejillas de las recién casadas.

Una niña salta bajo los arcos de la plaza. En cada vuelta de esa comba pelada baila con ella una princesa de algas. Un viejo la mira y piensa que en dos días será vendedora de sardinas, con la voz ya hombruna hecha desgarros y calzará botas de goma para pisar estiércol, grasa de motores y tripas de pescado.

En ese pueblo de tejados húmedos y paraguas de puño desgastado siempre oscuros en los zaguanes, los más jóvenes

ahuyentan miedos cada vez que ocurre la tragedia y alguien menta al Hombre del Faro: allí jamás hubo faro, todo es una leyenda, una creencia de locos para amedrantar a los cobardes. Y ellos son valientes, valientes de anclas tatuadas en los brazos, valientes que no se santiguan nunca, ni acuden a los funerales que más de una vez son pésames sin ataúd. "Aquí debería yacer" es común en muchas lápidas, lápidas sin nadie a quien cubrir, lápidas de nombres privados de cadáveres a los que identificar. Y esa muerte de condolencia sin difunto presente es la peor de todas, porque se pega a las paredes y flota en los charcos, buscando el cuerpo hurtado por un zarpazo de mar, el cuerpo sin cuerpo que se cuela por las rendijas del pensamiento y se empadrona para siempre en un interrogante.

Pero esos chavales de mirada enrojecida y aliento podrido, de vez en cuando desafían al Hombre del Faro con juramentos y blasfemias, vociferando entre carcajadas de tabaco barato por el camino que va desde la fuente al cementerio, hasta que les hace callar la mirada de una anciana que a esas horas del demonio restriega lágrimas secas en el lavadero.

Comienzan a cerrarse todas las ventanas y la noche se hunde en un duermevela de cirios y estampas. Aminorando la gresca, se van a la tasca como perros apedreados, a olvidar que todos llevan apellidos de muertos añiles, muertos sin tierra para descansar. Quizás cuando al grito del patrón marchen hacia el puerto embrutecidos de alcohol, el cielo será pasto de la tormenta y el Hombre del Faro habrá decidido qué barca será la próxima elegida.

Aurora

Juan Manuel Arriaga Benítez

Me despertó el fuerte resplandor que entró por la ventana. Aunque al principio pasó desapercibido, después recordaría con incómoda exaltación el inusual brillo azul claro que emanaba.

—¡Demonios! Ya amaneció, —me dije en voz baja.

No había dormido lo suficiente la noche anterior, porque el peso de la angustia por aquellos resultados clínicos, aunque no concluyentes, era estremecedor, me oprimía el pecho hasta el punto de dejarme sin aliento.

Aun así, debía sacar a pasear a mi perro, por lo que tuve que hacer un enorme esfuerzo para lograr sentarme en el borde de la cama. Me aproximé a la ventana para mirar hacia la calle y desperezarme.

Sin embargo, lo primero que vi me dejó helado: un enorme vórtice de una materia parecida al plasma se revolvía en la atmósfera, casi justo por encima de mi cabeza. La ventana enmarcaba ese cuadro de mayestático horror como si estuviera viendo una cinta de ficción.

—¿Es eso una aurora boreal? —me pregunté, pero el silencio de mi incertidumbre fue una respuesta más aterradora aún que la fuente misma de la que aquella surgía.

El shock inicial me llevó a pensar que estaba durmiendo todavía, pero a los pocos segundos me cercioré de que estaba despierto. Sólo el sonido de un mensaje entrante en mi teléfono me distrajo de tan increíble espectáculo; me dirigí nuevamente a la cama y tomé el móvil. Número desconocido. De todas

formas, la curiosidad me sometió y abrí el mensaje. Lo leí en voz alta:

—“¡No dejes que Ciara te vea! Por nada del mundo debes cruzarte con Ciara”.

Ciara es la estudiante de intercambio que llegó hace dos meses a uno de los apartamentos del edificio detrás de mi casa. Nos hicimos buenos amigos luego de que me viera paseando a Luludi, mi perro, por el parque de enfrente. Ella ama los perros. ¿Por qué el mensaje me advertía con tanto énfasis que me alejara de ella?

La historia no tardó en responderme.

Mi curiosidad se hizo cada vez más intensa. La aurora o el plasma o lo que fuere seguía en el firmamento, ondeando con sinuosos pliegues de luz que daban un aspecto tenebroso a la noche.

Todo se volvió más confuso y terrorífico aún, cuando justo a la hora del amanecer el sol no apareció por el horizonte sobre las 7:00 de la mañana.

A las 7:15, cuando ya el resplandor debería haber iluminado mi estancia, supe que algo no andaba bien, algo estaba sucediendo con el planeta entero. Decidí encender la televisión y mirar las noticias. ¿No podía ser el único que estuviera viendo tan tétrico evento justo en un cielo extrañamente nocturno a una hora tan avanzada del día?

La televisión, sin embargo, no transmitía. Sólo se veía el parpadeo blanco y negro de la estática. Ningún canal pudo ser sintonizado. ¡Algo en verdad andaba mal y sólo empeoraba!

La tercera vez que me asomé a la ventana, vi a Ciara frente a su edificio, casi sobre la calle. Miraba el luminoso evento atmosférico con igual incertidumbre que yo cuando me desperté creyendo erróneamente que había amanecido. No había nadie más que ella en todo lo que abarcaba mi mirada desde la ventana.

Recordé el enfático mensaje: "Por nada del mundo debes cruzarte con Ciara". Un fatídico escalofrío recorrió mi espalda, gélido, extraño. ¿Qué sucederá si voy a hablarle? ¿De verdad puede un mensaje tener una carga profética?

Me vestí rápidamente y salí a la calle.

Caminé hacia Ciara con paso veloz. Ella no notó que me acercaba hasta que le toqué el hombro. Por alguna razón no me había percatado de que un extraño sonido, inaudible desde dentro de mi habitación, se emitía desde el lugar del firmamento en el que aquel evento meteorológico sucedía.

Al voltear, Ciara quedó estupefacta. Su rostro se puso tan pálido que parecía como si la sangre le hubiera huido del cuerpo.

—Ciara —exclamé—, ¿qué sucede?

Las palabras de Ciara fueron estremecedoras. Hoy, a más de dos años desde que las oí, no puedo evitar aterrorizarme.

—¿Agustín? Tú... pero... —titubeó—. ¡No deberías estar aquí!

—¿Por qué? —dije sumamente confundido.

—¡Ayer... ayer te suicidaste!

Fuego purificador

Olga Luján Rodríguez

Desde que nos trasladamos a la capital, la vida de mi gemela y yo era como la de una planta abriéndose camino entre las grietas de un volcán extinto. Alargando sus raíces en busca de un pedazo de tierra, exponiendo las hojas al sol y rogando porque unas gotas de lluvia regaran sus hojas. Pero a veces, desde el fondo de la montaña se escuchan rugidos amenazantes. Nunca sabes si llegará a crecer un árbol o por el contrario, el fuego regresará para terminar su obra.

Así fue, como un crujido en forma de carta perturbó la calma dominante de nuestros días. En el remite, escrito a fuego el nombre de nuestro pueblo natal. Dentro, un sobre cerrado procedente de una ciudad rusa imposible de pronunciar y una nota. El alcalde nos apremiaba para regresar, pues al parecer, decenas de cartas se amontonaban en el cajón de su despacho.

Desde el fallecimiento de madre, mi hermana y yo no habíamos vuelto. El último recuerdo de nuestra casa fue la imagen de unas ruinas chamuscadas sobre las que colgaba desvencijado un cartel de «*SE VENDE*».

Miré y remiré el sobre cerrado. Por detrás, tan solo una dirección en cirílico como tantas otras veces sucedió en esa ignominiosa infancia que nos tocó vivir.

Ninguna de las dos éramos capaces de abrirla. De nuevo, la presencia de una madre con talante dictatorial y modales posesivos, sobrevolaba nuestros miedos. El día que esa mujer marchó a los infiernos, el yugo que nos oprimía se rompió sin

más. Entonces decidimos irnos para no volver jamás. Sin embargo las cartas seguían llegando.

Durante el tiempo que convivimos con ella, todos los meses el cartero le entregaba una y apresurado se marchaba, seguramente porque tenía miedo de ser devorado como Saturno hiciera con su hijo. Ella, igual que siempre, la arrojaba sin leer a la chimenea y la quemaba.

Durante horas valoramos si regresar para recoger el resto o leer la que por primera vez llegaba a nuestras manos, pero ambas opciones cruzaban por enfrentarnos a un triste pasado de clausura. Aún estando juntas y tan lejos, carecíamos de fuerzas para ello. Allí no dejamos a nadie a quien echar de menos y peor, nadie nos añoraba tampoco. Nunca tuvimos relación con persona alguna. Solo ella. Siempre ella.

El umbral de nuestra casa tan solo fue cruzado por el sacerdote y una maestra. Nuestra educación discurrió por un ambiente con aroma a naftalina, sentadas en una mesa camilla de faldillas oscuras situada junto a una ventana donde los visillos no se descorrían jamás. Al lado, un retrato de padre con su pelo ralo y un gran bigote redondeado en las puntas. Le pintaron montado a caballo y con una imponente fusta en las manos que simulaba agitar. Bajo el cuadro, madre sentada bordaba y vigilaba con inquietante mirada a los responsables de nuestro aprendizaje. Leer, escribir correctamente y un poco de números fueron todas nuestras enseñanzas, la biblia y las vidas ejemplares de los santos todo el bagaje cultural recibido. Quizá fueron estos últimos quienes nos dieron la llave de la liberación soñada. Si ella en algún momento lo hubiera sospechado, hubiera sido capaz de quemarnos los ojos.

Con el sobre misterioso en la mesa del salón, mi hermana y yo nos miramos, nos abrazamos y entonces, en los ojos de la otra vimos reflejado nuestro gran secreto. No tuvimos dudas. Prendimos con una cerilla la carta y la arrojamos a la papelera

metálica donde años atrás hicimos lo mismo con las biografías divinas. La imagen que el fuego nos ofrecía era demasiado dura para continuar frente a ella. De nuevo, huimos de allí.

La calle, territorio prohibido en aquella maltrecha juventud ahora era nuestro refugio. Llovía. Quizá el agua pudiera hacernos crecer como la planta del volcán, mientras ahogaba nuestro secreto. Aunque ni el diluvio universal terminaría con la figura de una madre tropezando y cayendo en la chimenea encendida. Con su mirada horrorizada, al ver que sus idénticas hijas no movían un solo dedo por ayudarla. Al contrario, las dos permanecimos impasibles ante la escena. Como a ella le gustaba decir; "*el fuego purificador te liberará de los pecados*".

La marquesina y su destino

Adolfo Marchena Alfonso

El hombre aguardaba en la marquesina la llegada del autobús. Sin embargo, se mostraba ausente, en una lejanía que evocaba otros lugares, otras distancias. La línea 36 le devolvería a su casa; la 16 le conducía a lo incierto. Consultó el tiempo que restaba, como si este no tuviese paciencia. El engranaje de las horas y sus pertenencias. Como en una balsa de aceite, donde flotan todos los recuerdos. Tal vez los finales reflejen el mismo argumento. Nadie escapa a su destino, por muy fugaz que se muestre. Sucedió hace mucho tiempo. El calor se refugiaba en la tarde y las promesas brotaban de los labios cerrados. Entonces parecía sencillo trazar planes a largo plazo. Esperar, luego, que todo aconteciese. La ilusión ante las cosas que no tienen memoria. Encendiste un cigarrillo. Las volutas de humo formaban, como en el cielo, nubes y presagios. Si regresabas al hogar te esperaban los libros, la cerveza fría en el frigorífico, la quietud del ambiente. Si optabas por la línea 16 lo que te aguardaba era el nerviosismo, el teatro del absurdo. Su nombre, el que tantas veces quisiste olvidar, después de haberlo pronunciado hasta la saciedad, su nombre te atraía del mismo modo que te repelía. Una mujer se aproxima tirando de un carrito. Cuando llega a la marquesina se detiene y consulta su reloj. Quisiste distinguir el destino o la probabilidad de alcanzar, algún día, el cielo. Todavía estoy vivo –pensaste. Meditaste entre aguas la diferencia que supondría quedarse, regresar a casa o, por el contrario, adquirir otro rumbo. Aceptar esa línea que te convocara a la incertidumbre. Olvidado el dolor regresaba con

fuerza lo callado del trance, la aventura que supondría comenzar de nuevo. En casa, soportabas el grito de adentro, participando de tareas que te agradaban. La lectura bajo el foco de una luz tenue. Ese libro sobre la vida de un músico llamado Elliott Murphy. Su música sonando a través de los altavoces. Un largo discurso, a las tantas de la madrugada, hablándole a un contestador automático. Para, luego, a la mañana siguiente, arrepentirse de todo. La bebida, de nuevo, jugándote una mala pasada. En casa –pensaste—también las islas parecen perdidas, desiertas, pero no alcanzan el rigor de aquellas que un día, acogieron su nombre. En la casa desfilaban paredes conocidas, ventanas donde asomarse, réplicas de cuadros que un día te regalaron o aquel Hopper que trajiste de un museo de París. En casa el polvo que se acumula y se disuelve con un paño para que luego regrese, para que luego muera. El café preparado en una cafetera italiana. La película que introduces en el reproductor. Esa historia que narra cómo Herman Melville llegó a escribir Moby Dick. Este suponía un final a todas luces, feliz. Pero arriesgarse forma parte de nuestra especulación y atrevimiento. Entonces no sabemos ni distinguimos; que lo que espera es el principio de una farsa, la continuidad de la demencia. O el detonante de un nuevo fracaso. Esa capacidad de volver a tropezar con esa piedra de la que Sísifo es incapaz de desprenderse. Así este hombre que espera en la marquesina, duda y no sabe –nadie le obliga—qué autobús escoger. Una ráfaga de viento eleva las hojas secas que pueblan indiscretas las aceras. Es el tiempo, también, quien nos condena, quien nos obliga. Como si llevaras mazorcas en los bolsillos, avanzas unos pasos hacia el bordillo y la mujer con el carrito te pregunta por la línea del autobús que se aproxima. Y no sabes, todavía, no distingues el número. No sé –le contestas. Y aguardas con las monedas en la mano. La doble puerta que se abre. El chófer que te apremia a subir. Y no sabes, no, cuál será la siguiente parada.

Has decidido que sea el azar quien te sorprenda y escoja. Como si la vida fuese eso, un dado, una baraja, la última nota de un pentagrama musical que no sabes leer pero alguien interpreta. Cuando todos los telones suben, o se bajan.

Sustituta

María D. Serra Laliga

Carl es psicólogo de árboles. Ha creado una fundación sin ánimo de lucro, de la que es presidente, consejero y miembro. Sus especialidades: Estrés postraumático (incendio, granizo, rayo), traumas emocionales (abandono de pájaros, ardillas), fobias (aracnofobia), pánico (caída de hojas, inflamación de raíces), y un largo etcétera que testea en cada excursión.

Yo cuento y agrupo pacientes. Para no aburrirme, mayormente. Luego, una vez en casa, le entrego mis listados y él, agradecido, prepara la cena.

Aunque practica la ciencia infusa (no tiene ni idea), sus terapias son un éxito. Se lo digo yo. Y él se trae pacientes a casa. Hoy mismo está tratando a cuatro pinos de Navidad abandonados y a doce almendros desorientados por el cambio climático.

¿Y por qué no tratar nuestras plantas decorativas de su síndrome del florero? Pues lo hace. Así le lucen los geranios, jazmines y petunias de nuestro balcón. Da gusto verlas desde la calle. Nuestras plantas irradian seguridad en sí mismas. Las miro a ellas, pero veo que tras el cristal, en el interior de mi casa, hay alguien que se mueve y se esconde.

Se lo digo a Carl. Un reflejo. Imaginaciones tuyas. ¿Otra vez estás con eso? Y ya no se lo comento más.

Algo me roza la pierna por debajo de la mesa. Algo se mueve detrás de mí cuando me lavo los dientes. Algo se bebe el agua de mis duchas cuando tengo la cabeza enjabonada. Carl no me

escucha. Está absorbido por el psiquiátrico vegetal que tiene montado en casa. El balcón, la sala de espera, es una selva.

¡Ahora caigo en la cuenta!: los algos que me sobresaltan son solo insectos. Revolotean al sol, de flor en flor, y luego buscan la sombra fresca del interior. Me rozan, se posan en mis extremidades confundiéndome con el abedul o el olivo ingresados en mi cuarto. Me quejo a Carl. Tanta planta, tanto abono, tanto bicho, tanta humedad… me va a salir musgo en las orejas.

—Le haré psicoanálisis.

Su obsesión. ¿Y la mía? La mujer que veo desde la calle. La que vive en mi casa. A mis espaldas. Le pregunto a Carl que repite siempre lo mismo: un reflejo, etc., etc.

Hoy no come verduras. Él las llama plantas. Me mira con horror cuando me sirvo pisto o ensalada. Menos mal que no fumo. Cuando viene de la compra hace no sé qué ritual con mis verduras. Les pide perdón o algo así.

Estoy enfadada. No puedo comprar flores, eso es de asesinas; ni pelar patatas, ¿estás desollando?; ni rebanar zanahorias; ni destripar pimientos ni… adiós, berenjenas rellenas. Y para colmo oigo a una panda de avispas conspirar en mi contra. Me levanto muy despacio, últimamente me duelen las piernas al doblarlas. Parecen palos. Entorno las puertas del balcón y en el cristal veo mi reflejo. ¡Si parece que estoy más joven! Me fijo bien y descubro que son dos los reflejos. Somos *yo* y yo. Tiemblo de miedo. Cierro el balcón de golpe y me vuelvo. La yo joven ya no está. Ni reflejada ni en persona. Detrás de mí se agita una buganvilla a la que Carl está tratando por un síndrome del impostor. Pero si no es famosa. ¡Qué despropósito! Me acerco. Le toco una rama y se vuelve.

Es "*yo*".

Me repongo de la sorpresa y le pregunto si es mi sustituta. Si Carl está experimentando, no sé, ¿genéticamente? Si está

creando una doble vegetal de mi persona. Le pregunto si es ella quien se pasea por mi casa a mis espaldas.

No me responde. Solo cabecea sonriente. ¿Sonriente? Me caigo al suelo del susto.

Como ha oído el ruido, Carl viene corriendo. Me levanta en vilo y me mete en el coche. Veo las puertas de un hospital. Debo haberme roto algo. No puedo ni hablar.

Pasamos de largo hasta detenernos a las puertas del bosque. Carl me deja caer de pie en un agujero y me tapa las piernas con la tierra que había amontonado a un lado. Me mira un momento y saca su libretita de psicoanalizar:

—Síndrome de la personificación. Creo que no está patentado. Voy a ver.

Virtudes

Miguel Ángel Moreno Cañizares

A Virtudes la imagino sentada frente a su ventana preferida, en la butaca que nadie más ocupa, dedicando las horas a contemplar el cielo tras el cristal, haya nubes o luzca el sol. En sus mejillas veo dibujada una sonrisa permanente y en sus ojos distingo un brillo especial, que el paso de los años no ha borrado.

Virtudes ha vuelto a vivir sola desde hace unas horas, las que han transcurrido desde que nos separamos. La nuestra ha sido una separación inevitable y hasta deseada. La relación duró sólo unas semanas, unas semanas inolvidables e intensas. Con decir que nos dio tiempo a forjar un idilio. "A mi edad, ya ves", bromeaba. "Y contigo, jajaja". Ella me declaró su amor más sincero y yo, aunque inexperto, le correspondí en cierta manera. ¡Qué menos! No sé si estábamos hecho el uno para el otro, porque estas cosas son indescifrables, pero entraban en el cálculo de probabilidades.

La cuestión es que nuestras vidas se cruzaron gracias a la conjunción de los astros, quiere creer ella, y pasamos juntos un tiempo maravilloso. Virtudes se desvivía por mí, me cuidaba como a la niña de sus ojos y estaba pendiente de no perderme de vista. Por nada del mundo quería que desapareciera. Lo comprendo. Yo la acompañé, pues nunca tuve la más mínima intención de irme de su lado, bastaría más, aunque a veces me pareciera excesivo su celo. Entendía sus razones, al fin y al cabo era una mujer de alguna forma enamorada. Como ya estaba jubilada, le gustaba dedicar las horas a contarme historias de su

pasado —tenía para completar una enciclopedia— y me regalaba los oídos con su tono dulce y armonioso.

Enseguida congenié con esta ancianita bondadosa. "Cuando me quedé viuda, hace más de diez años, pensé que jamás volvería a reír", me confesó jubilosa al poco de conocerme. El recuerdo de su esposo lo mantiene vivo, lo sé, pero ha encontrado motivos para recuperar un alto porcentaje de alegría. Y yo me siento partícipe.

Virtudes no es de esas viejas gruñonas, avaras o malpensadas que se esconden bajo la coraza de la edad para justificar su proceder. Eso sí, afirma que las personas, por lo general, nunca están conformes con lo que tienen. "¿Sabes? Yo ya era afortunada, pero mira por dónde la fortuna de conocerte me hace millonaria", compartió conmigo en varias ocasiones. Luego me acariciaba con sus manos arrugadas pero cargadas de solidaridad. Recuerdo el día que me presentó a sus dos hijos, Carlota y Saúl, junto a sus respectivas parejas. "Lo están pasando mal, sólo les salen trabajos temporales", me susurró a escondidas. "Verás qué sorpresa se llevan". Aguardó a los cafés, tras degustar una exquisita paella de encargo, para hacer los honores. ¡Menuda sorpresa, sí señor! En los ojos desbordados como platos de los cuatro percibí unas miradas de alegría. Virtudes, emocionada, les confesó su felicidad. Ellos también lo celebraron, pues probablemente iban a ser unas buenas Fiestas navideñas.

"No podemos prolongar esto mucho más tiempo, algún día nos tendremos que despedir, ¿no te parece?", dijo muy serena cuando nos quedamos a solas. No le costaba asumirlo ni dar el paso. En realidad, no sé por qué pensé que lo demoraría por más tiempo, como si no acabara de creer que tenía una fecha límite.

Nos despedimos una mañana temprano —de siempre le gustó madrugar—, en el descansillo de casa. Yo, como buen

perro lazarillo, regresaría ese día a donde fui criado. Era mi destino, me adiestraron para eso. No hubo lágrimas —admiraré siempre su fortaleza mental— sólo gestos de cariño. Y marché orgulloso de haber compartido aquellos días, tal vez demasiado pocos, con una buena persona.

A Virtudes la imagino ahora sentada frente a su ventana preferida, con los ojos cerrados.

Reloj muerto

Pedro José Ruiz Ramírez

El constante goteo del grifo del baño retumbaba en cada rincón del viejo hogar, ocupando todos los espacios pasados y presentes: desde los rayos de luz y polvo que atravesaron las detenidas tardes de su infancia hasta el corredor de los fantasmas del desvelo. Cada gota generaba un eco hueco que él rellenaba con desamor propio y melancolía.

Seleccionó la quinta sinfonía de Beethoven y la dejó sonar desde las vibraciones de su teléfono de cuarta generación. Los entrecortados y tajantes primeros violines quedaron suspendidos en mitad del despacho junto al perseverante goteo, el cual desarmonizaba ordenadamente el efecto de la obra.

Pulsó la tecla de encendido del ordenador y, mientras arrancaba, se acercó a la ventana para mirar a través de ella. Pudo ver a una mujer avanzando torpemente sobre unos relucientes zapatos de tacón rojos y a un joven huraño que hacía gestos de fumar a un jubilado de paso firme, como preguntando si podía darle algún cigarrillo. Todo aquello lo percibió tras la pátina de irrealidad que le otorgaba su espacio interior; como si de una obra de teatro mudo se tratase.

Movió el ratón tratando de agilizar la aparición de la pantalla de inicio; acto seguido, se puso a rebuscar en derredor para matar un poco la espera. Comprobó que el reloj de pulsera del cajón de los clips y bolígrafos mordidos se detuvo algún día a las 16:21. Tal vez fuera un jueves, ya que esa hora es propia de los jueves en los que calienta café con el amargor de una semana que apenas parece haber empezado y ya amenaza con terminar;

con esa forma vertiginosa e irrespetuosa que tiene el tiempo de transcurrir.

La pantalla ennegrecida le guiñó un par de veces, así que no pudo evitar pensar en ella; como si el goteo eterno de aquel maldito grifo hubiera trazado su imagen para castigarle por no renovar los equipos informáticos ni reformar el cuarto de baño. Lo hizo de la misma forma atormentada con la que a diario se obligaba a sacarla de su mente: bajo la orden de los latidos caóticos de un corazón encogido, resignado a mezclar impulsos que faciliten la vida mientras sortea los obstáculos de la decepción.

Trató de calmar sus manos temblorosas. Aquel reflejo aún dolía, pero atrás quedaron los días en los que habitaba en cada detalle cotidiano.

Tomó consciencia de que su deseo y pasión eran como el reloj. No tuvo más remedio que detenerlos en algún momento, tal vez un jueves en mitad de una resaca de besos imposibles y caricias amargas, extraídas atropelladamente de un pasado fantasioso para plasmarlas en el lienzo de burlas del destino; pudiendo así permitir que la vida transcurriese alrededor. Estar vivo no era más que una metáfora de aquellas manecillas congeladas en mitad de la entropía: existir sin sentir más que el olvido y la negación de la piel.

Tuvo que desandarlo todo con el infame precepto de lo que nunca fue, por más que los impulsos nerviosos de su ser palpitante hubiesen insistido en lo contrario. Tan difícil era como matar aquello que nunca vivió o tratar de verse reflejado un espejo sin cristal.

El sonido de inicio de Windows le rescató del ensimismamiento cuando ya no lo esperaba. Decidió ignorarlo, necesitaba pasear por los recovecos de su alma, así que salió del edificio para poderse perder entre sus propias tripas.

Una vez fuera comprobó que a la ciudad le sentaba bien la caricia de la primavera: los jardines habían roto en una ordenada explosión de colores y las golondrinas dibujaban ráfagas de carboncillo sobre el cielo azul. La luz se desplazaba oblicua en aquella mañana, jugando con las siluetas de los edificios. La claridad era pura, pero sobre ella caía aquel reguero de amargura que lo oscurecía todo.

Se sentía atrapado en mitad de la belleza.

De repente despertó. El sonido del grifo brotó desde las profundidades del hogar para colocarse de nuevo en primer plano. En ese instante pudo sentir los latidos del universo, mientras que el regusto ambiguo de los sueños iba siendo abatido por la realidad. De nuevo tocaba preparar café y pulsar la tecla.

Siempre caminé a patadas

María Isabel Méndez Martínez.

Siempre caminé a patadas. Mis pies buscan de forma instintiva algo que patear: latas, plásticos, guijarros... todo lo que se cruce en mi camino, incluso aquello que me invite a desviarme.

Mi mirada tiende al suelo, nunca se me escapa un papel arrugado que pueda ser leído –algunas de esas lecturas me han enseñado más que muchos libros—, una piedra parcialmente brillante o un guante perdido y solitario.

Confío en mi mirada periférica que me permite llegar a casa o al trabajo, sin tropezar y sin la necesidad de levantar la mirada del suelo. Mi recorrido es mi compañero, un fiel aliado que solo me da sorpresas en forma de hallazgos.

Generalmente me basta con mirar y patear, pero algunas veces me agacho a recoger el objeto para mirarlo de cerca, especialmente si es brillante… podría ser una moneda o incluso una joya, aunque la mayoría de las veces resulta ser un escupitajo brillante bajo el sol, o un trozo de botella rota que alguna vez ha llegado a herirme. Sin embargo, qué luz y belleza puede llegar a desprender ese misterio.

Aquel día lo que encontré tenía un cierto volumen y se encontraba en un rincón discreto. Era un sobre doblado que parecía contener muchos papeles casi prensados. Lo recogí notando una superficie limpia y calculé el peso. Al abrir el sobre vi los colores apagados del dinero y estimé sin llegar a contarlo, que contendría más de mil euros en billetes. Un dinero aún rígido que parecía estar recién fabricado.

Volví a dejar el sobre en el suelo para darle una patada certera, esta vez debía marcar un gol, no bastaba con apartar de mi camino el hallazgo. Me concentré, medí distancias y pateé con toda la sabiduría de mi experiencia. Seguí con mi mirada la trayectoria y comprobé orgulloso que marqué gol. El sombrero del mendigo tembló ante la inesperada limosna voladora. Reaccionó en menos de medio minuto, el sobre pasó a su bolsillo sin ni siquiera ser abierto, buscó mi mirada y sonrió.

Secretos

José Ramón Codina Villalón

Me despierta el sonido del móvil. La boca seca y un dolor punzante en la sien. En la pantalla, el nombre de mi hermana.

Ve tú Javier. Esta vez te toca a ti—, dice la voz de Teresa amortiguada por la mascarilla.

¿Y Felipe?

Felipe tiene a los niños esta semana. No puede moverse de casa. Lo sabes de sobra.

¿Y Martina? Vive a solo dos manzanas. No le cuesta nada.

Martina ha dado positivo. Javier ¿Eres imbécil o que te pasa?

¡Vale vale! No hace falta insultar. Está bien. No me des más la murga. Iré yo.

Salgo a la calle después de enfundarme la mascarilla. La compré en una droguería enfrente del mercado central. Veinte euros unidad. El dependiente de los ojos burlones me aseguró que estaba homologada. Mentía. Al menos no tengo que soportar esa mirada áspera del resto del mundo. La maldita mascarilla me empaña las gafas de sol. Me obliga a oír mi propia respiración y lo que es peor, a oler mi propio aliento, un olor dulzón a alcohol fermentado, a fruta podrida. En la esquina de Colón me encuentro con el mendigo de siempre. La boca abierta como una caverna sucia con cuatro dientes amarillos y la cara arrugada como un higo seco. Sigue ahí, impasible, para él nada ha cambiado, mendigando al vacío y maullando lamentos. Apesta a pis y a miseria. Extiende la mano con la palma hacia arriba apelando a la supuesta culpa de mi bienestar.

Espero que el viejo no haya cambiado la cerradura. No entro en esa casa desde hace años. Desde que murió mamá. En el buzón sigue el nombre de los dos. Las cartas sobresalen de los buzones, avisos de embargo y publicidad. Es un edificio lleno de viejos que pagan un alquiler raquítico. Los propietarios están deseando quitárselos de en medio y no reparan nada. Las bombillas medio fundidas y el suelo pegajoso. El plafón lleno de insectos prisioneros. El edificio es un contenedor de almas a punto de irse al otro barrio.

Entro en la casa dando portazo. Desde el quicio de la puerta se ve la foto. La foto de mi comunión. Ella luce su vestido favorito. El azul marino con topos blancos. Está preciosa. Yo estoy justo delante de ella. Apoya las manos en mis hombros, orgullosa mostrándole al mundo su creación, su "Javi". Separados de nosotros, mis hermanos posan delante de él, que abre los brazos tratando de acapararlos, de retenerlos. Sonríe, y también está elegante, pero lleva la corbata torcida y tiene la cara enrojecida. Estaba borracho, como siempre. Como yo ahora. Ese día llegó tarde a la ceremonia, apestaba.

La habitación en penumbra y la tele perpetuamente encendida, para no sentir la soledad. Huele a botica, a sábana sobada y carne sudorosa. Medio incorporado en la cama tose sin cesar. «Hola padre», le digo delante de la cama. Gira la cabeza levemente y al verme esquiva la mirada. Se escucha un borboteo en el pecho de flemas que suben y bajan. Como si tuviera un pájaro atrapado en el pecho. Dejo la bolsa con las medicinas en la mesita de noche y entro al baño. Está hecho un asco. La cisterna no para de sonar, la cortina de la ducha enmohecida y descolgada. Las baldosas que rodean al retrete encharcadas, En la repisa, su neceser. Su viejo neceser agrietado. El de siempre. El que se llevaba a sus viajes. La medida de su presencia o su ausencia. Si el neceser no estaba dormíamos en su habitación. Huele a su piel, a su perfume, a su cara llena de

papelitos porque siempre se cortaba. Huele a besos forzados. Su brocha y su maquinilla de afeitar con la que yo jugaba a ser mayor, a parecerme a un hombre, no a él, nunca a él. El mismo neceser en el que encontré su secreto. La tarjeta de aquel hotel. De aquel hotel a tres manzanas de casa. Nadie más lo supo. Solo yo. Antes de salir vuelvo a mirar la foto en el marco. La mitad de la foto. La otra mitad viene conmigo…

Clarice

Ángel Saiz Mora

La joven entró en el café con paso ligero y un propósito: ocupar la mesa situada en una esquina junto a la cristalera, el rincón más luminoso y alejado de la actividad del local.

Sus movimientos fueron tan rápidos que nadie notó su presencia hasta que estuvo sentada. No había dado las buenas tardes. Cambió los gestos acelerados por otro de deleitosa lentitud al extraer un libro de una bolsa de tela, al tiempo que lo miraba como si de un tesoro se tratase.

Un camarero sacó del ensimismamiento a la clienta, que en ese instante respiraba el olor a papel nuevo del volumen. Su petición mecánica, sin levantar la vista, de un café con leche y sacarina, no quedó rematada con ningún «por favor».

El hombre tardó poco en regresar bandeja en mano. El pulso del profesional era firme, pero ella apartó de forma instintiva el libro de la superficie de mármol, temerosa de que pudiera mancharse. El café humeaba, en contraste con su frialdad.

El camarero se atrevió a preguntar si le gustaba ese escritor. Sorprendida, no menos que indignada, ella estuvo a punto de responder que era obvio, ya que acababa de comprar su último trabajo, o que se metiese en sus asuntos. Lo hubiera hecho de no haber añadido él que conocía toda su obra, incluida esa nueva novela.

La joven, por fin, miró al empleado a los ojos. Aunque consideraba que su aspecto era anodino había conseguido llamar su atención. Eran de una edad cercana. Nunca hubiese creído que alguien que trabajara en un establecimiento de esas

características pudiese tener inquietudes literarias, menos aún parejas a las suyas. Cuando ella respondió que se trataba de su autor favorito se diría que había superado unos indudables prejuicios de clase, salvo porque lo hizo movida por una desgana evidente, con el mensaje implícito de querer terminar la conversación.

El camarero echó un vistazo rápido al local. En ese momento nadie requería sus servicios. Deseaba charlar un poco más. Aunque supuso que ella debía de saberlo, añadió que ese novelista guardaba muy bien el anonimato a pesar de la popularidad de sus letras, un caso singular en la literatura. Ante la falta de respuesta de su interlocutora se retiró con discreción, antes de recibir una queja formal que cada vez tomaba más cuerpo.

Con el ceño aún fruncido la joven abrió la primera página. Al leer la dedicatoria: «Para Clarice, allá donde se encuentre», deseó ser esa mujer hipotética, la receptora del cariño, tal vez aún no entregado a nadie, por parte del escritor misterioso al que admiraba, un mago que sabía tocar las fibras de la sensibilidad.

La tarde no daba mucho más de sí en el café semivacío. La lluvia pareció recoger a la gente en sus casas. El trabajador, sin nada mejor que hacer, pudo contemplar durante largo rato a la lectora que, sumergida en las páginas, no se percató de que era observada. Finalmente, ella hizo el gesto de solicitar la cuenta.

Pagó con tarjeta de crédito. Ya se levantaba cuando el camarero, como un cazador consciente de invertir su último cartucho, se atrevió a preguntar qué le parecía el libro recién comenzado. Ella hubiera contestado que una maravilla, al igual que todos los anteriores, pero pensaba que no debía dar ninguna explicación a ese empleado chismoso, cuya amabilidad profesional excedía los límites que consideraba admisibles.

Se marchó igual que había venido o peor: aún más silenciosa y arisca.

Mientras recogía su mesa, el camarero se reafirmaba en el convencimiento de que ese trabajo era la tapadera perfecta de su verdadero oficio, además de un foco de inspiración, una fábrica de situaciones para contar.

Al llegar a casa escribió una historia corta inspirada en su experiencia de esa tarde, la primera de un libro de relatos que pensaba publicar tras su última novela. Se preguntó si también sería del gusto de esa clienta y fiel lectora que, según quedó bien claro, tampoco era Clarice.

El grabado del embarcadero

Manuela Vicente Fernández

El día en el que iban a celebrarse las nupcias, las plantas de una de las mejores secciones del jardín botánico amanecieron sin corola. Sus cálices desnudos, sin pétalos que contener, ofrecían un siniestro espectáculo del que Lucas, el novio y encargado de velar por la institución, se retrasó en dar parte a las autoridades. Como cada mañana, sin que el día de su boda fuese la excepción, sus pasos se encaminaron al lugar de siempre. Buscaba la instantánea perfecta, justo cuando el sol convertía en pequeños diamantes las gotas de rocío sobre las flores, para agasajar a Lucía, su futura esposa. Enfrentarse a aquella infamia y ver el trabajo de tanto tiempo profanado, le alteró en grado sumo y sembró su pecho de negros presagios.

Acalorado y con mal cuerpo, llamó a Esteban, el jardinero, sin obtener respuesta. Recordó que tenía el día libre, como invitado que era por la amistad que les unía, y supuso que tendría el móvil en silencio. Por su mente pasó fugaz el pensamiento de avisar a su padre, fundador y director actual de los jardines, pero desechó esta idea al momento. No quería darle un disgusto precisamente ese día, por lo que decidió postergar el asunto. Era domingo y los subalternos encargados del mantenimiento se reducían a tres personas, por lo que decidió contactarlas una a una, y comunicarles que ya estaba al tanto del desperfecto. Les pidió discreción y tiempo para ponerse con la investigación. Los engranajes de su mente se aceleraron tratando de hallar una solución. Solo Esteban, como amigo suyo desde la infancia y hombre de su total confianza,

podía ocuparse del desaguisado, pero su móvil no daba señales de vida. Lucas se debatía entre personarse en su casa o arreglarse para la ceremonia. El reloj marcaba ya las nueve y media y a las diez había quedado con el peluquero.

¡Al demonio, la peluquería! No creo que tarde tanto en peinarme —se dijo—, mientras buscaba las llaves del garaje.

Llamó al apartamento de Esteban con insistencia, golpeando la puerta con los puños y llamando a voz en grito por su amigo para ver si conseguía despertarle. Mientras lo hacía, una ansiedad creciente y algo, como una certeza que no acababa de consolidarse, le iba oprimiendo la garganta, transformando su grito desesperado de auxilio en un débil quejido que acabó por devenir en llanto. Una sucesiva colección de imágenes, como fotogramas de una película, se fueron desplegando ante él sin que acertarse a saber por qué: Esteban y él de niños, bañándose juntos en el embarcadero, tal y como habían venido al mundo, mientras hacían bromas de adolescentes. Esteban el día anterior, con su semblante mustio, asintiendo a su conversación sobre los detalles de la ceremonia, mientras abonaba la tierra de las flores que hoy habían amanecido sin cabeza.

De pronto, supo donde buscarle y, sin mirar el reloj, condujo el coche con tal urgencia como si le fuese la vida en ello. Pasaban ya de las diez y media cuando llegó al embarcadero. Paradójicamente, se encontró allí con Lucía, la última persona que esperaba ver en ese lugar. Iba a preguntarle qué demonios hacía allí cuando sus ojos lo vieron: Un corazón doble, esculpido a golpe de punzón con dos eles entrelazadas y atravesadas por sendos agujeros de dos tiros de escopeta.

Sus ojos se enfrentaron a los de Lucía, que no fue capaz de mantener la vista. Los dos sabían que, además de tallar flores, nadie esculpía corazones en la madera tan bien como Esteban.

Nadie en el pueblo volvió a ver a ninguno de los tres, pero a día de hoy, muchos años después de lo sucedido, aún pueden

verse ambos corazones, con sus respectivas eles, cosidos a tiros en el embarcadero.

La jornada de trabajo

Alfonso Gómez Romero

El manijero repartía las faenas, unos a tirar de los fardos, otros la criba y otros a varear, que como casi siempre le tocaba a mi padre (para mí era un orgullo porque creía que era el más fuerte de mi pequeño mundo). Los hombres se repartían los olivos contando las patas de los mismos, y las mujeres repartían la faena de recoger del suelo la aceituna y nombraban además a una mujer que era la encargada de preparar el rancho, que casi siempre era garbanzos con berzas pero cocidos a fuego lento, aun llega a hasta mi mente el olor a puchero cociendo lento y candela de olivo.

Las mujeres extendían bajo los viejos olivos unas lonas verdes anticipándose a los hombres, que en poco rato después aporreaban con todas sus fuerzas, como si les fuera la vida en ello con unas largas varas de avellano que se cimbreaban con el viento con sonidos nunca escuchados. Como una competición de ver quién era el más fuerte, arremetían contra las ramas de los pobres y centenarios olivos, que derramaban sus lágrimas en forma de negras aceitunas. Cómo olían las heridas de aquellas aceitunas a mezcla de alquitrán y pez que caían en el suelo a la velocidad del rayo.

Las mujeres seguían con las rodillas hincadas en la tierra todavía escarchada de la noche anterior, y con sus dediles de bellota echaban las aceitunas a sus mandiles, que a su vez iban poniendo en la criba, donde José María las esperaba metiéndole toda la prisa que podía, para cernirlas rápidamente y echarlas

en costales, que rápidamente un arriero cargaba a lomos de las bestias para llevarlas al molino.

Así una y otra vez, lo más rápido posible, que se trabajaba a destajo.

Entrada la mañana, veíamos el sol asomar por la loma de enfrente, nuestras caras tomaban algo de color, pero de repente Madre nos dijo, "vamos que luego cogéis frio".

A eso de las doce de la mañana más o menos, cuando los hombres y mujeres llevaban un buen rato sudando a pesar del frio reinante, hacían un alto en el camino para echar un bocado.

Nosotros esperábamos que acabasen para poder escudriñar en las fiambreras por si sobraba algo, que siempre algo nos dejaban.   Qué bueno estaba todo, ¿sería el hambre?

Y casi sin apenas darnos cuenta, como niños de 4 y 5 años y asombrados, los hombres y mujeres volvían rápidamente a la faena, cantando viejas canciones de pueblo que este momento no recuerdo.

A las tres, Pepe el manijero daba una voz y todos acudían a comer el rancho, ponían unas mantas en el suelo, el puchero en medio y cuchará y paso atrás. Media hora para comer y vuelta al tajo.

A eso de las 6 el manijero, daba dos voces, y a recoger para el día siguiente.

Los hombres comentaban cómo había ído el día y las mujeres cantaban, yo creo que de alegría porque ya se iba acabando el día o no. Llegábamos al cortijo, las mujeres les preparaban el agua a los hombres para hacerse un poco aseo y acto seguido, cuando la luz natural ya hacía rato que había desaparecido como por arte de magia y daba paso al canto de los búhos y lechuzas (qué miedo me daban), encendían los candiles de aceite y los carburos para poder ver algo.

Las mujeres preparaban un poco cena, unos torreznillos y unas morcillas de lustre, un poco pan, con su bota de vino y la cama sobre las 9; el día no daba para más.

A nosotros a esa hora ya nos habían mandado al catre (nunca mejor dicho). Aunque como éramos los únicos niños que estábamos en el cortijo, siempre algún o hombre o mujer nos daban algo de juego.

Metidos en la cama, nos acurrucábamos otra vez para calentar nuestros pequeños cuerpos. Mi hermano se dormía rápido; era pequeño y estaba cansado, yo también, pero tenía la mala o buena costumbre de esperar a que mis padres se acostaran, para escuchar su conversación, su crujir de huesos y algún arrumaco. Esto último lo que menos, no creo que tuviesen muchas ganas, no lo sé.

El inocente

Ignacio Calle Albert

Sonó una melodía en el piano del estudio. Separado por un estrecho pasillo, Germán yacía sentado, octogenario y decrépito, en un butacón de la salita, arropado por los faldones de una mesa camilla. Una estufa de butano acondicionaba la estancia.

—¿Quién anda ahí? —preguntó en voz alta entre somnoliento y aturdido sin saber muy bien qué estaba ocurriendo.

Volvió a sonar la tonada. Se incorporó en su asiento. Esta vez creyó reconocer las notas compuestas por aquel poeta al que acompañó al descampado la noche del 18 de agosto del 36 junto a otro reo, en la Fuente Grande de Viznar, en Granada.

—¿Qué broma es esta? —atinó a preguntar incómodo —¡Yo no lo maté! —gritó en un arranque de cólera—¡Solo me dijeron que lo llevara hasta allí! ¡Dejad de atormentarme!

La casualidad lo llevó a ser testigo involuntario de la muerte de aquel hombre en el paredón. Un mandado, un imberbe confundido, un paria del ejército: "acompaña a estos dos al paseo, muchacho", le dijeron… y así lo hizo… sin rechistar.

El recuerdo del momento le hizo estremecerse y se agazapó cual conejo en su madriguera, expectante, acongojado por los demonios de su pasado.

Sonó una tercera vez. El piano, desafinado por el desuso, interpretaba la Nana de Sevilla con enarmónicos tan claros que a Germán se le heló la sangre en las venas.

Al oír cómo se cerraba la tapa del instrumento quiso ponerse en pie pero le fue imposible moverse. Un aire liviano, como el

de aquella noche de la canícula de agosto, le golpeó el rostro. Una sensación de desasosiego se adueño de su cuerpo al "escuchar" el zumbido de los árboles que flanqueaban el barranco donde lo mandaron enterrar, acelerando los latidos de su corazón. El sonido de los disparos del fusil que le "dio matarile" martilleó su cabeza.

– ¡No fui yo! ¡Solo recibía órdenes! ¡Yo no lo maté! – volvió a repetir casi sin fuerza, en su último estertor. Poco a poco empezó a quedarse sin respiración y cerró los ojos.

Días más tarde las noticias publicaron que en el número 1 de la Calle de Las tres Morillas, en Jaén, se halló el cuerpo sin vida de un hombre, presuntamente intoxicado por una fuga de gas.

El pan de la reconciliación

Deyanira Sanguino Mateus

Cuando caía la noche y mi madre se veía forzada a caminar por la calle con mi hermano y conmigo de la mano, siempre me decía que lo hacía con el corazón lleno de angustia. Decía que era difícil vivir en un pueblo dominado por "los godos" donde sabían que ella tenía un marido liberal de pura cepa y una familia de liberales consumados. A mi madre no le gustaba la política y asumo que a mi hermano tampoco. Ella decía que la manera más fácil que tenían los unos de acabar con los otros era defendiendo un color del que ni ellos mismos conocían su significado; los godos el azul, los liberales el rojo y así se dejaban huérfanos a muchos.

Mi madre se ganaba la vida horneando pan. Era una artista que trabajaba la harina de una manera tan exquisita que en mis ochenta años no he podido encontrar en ninguna panadería el aroma, el sabor o la textura de los deliciosos panes que horneaba. La gente la quería, a pesar de mi padre, un ser huraño que andaba pregonando su discurso liberal, sin miedo, frente a todo aquel que quisiera encenderle la chispa del color escarlata.

Una mala noche, cuando mi padre regresaba de su trabajo en el único taller del pueblo, le salió al paso el candidato a la alcaldía por el partido conservador, quien le reclamó por lo costoso del servicio y el maldito ruido que le había dejado a su carro. Estaba acompañado por el hijo mayor, un muchacho de veinte años que lanzaba insultos a viva voz:

Papá, le dije mil veces que no dejara el carro en el taller de este liberal tramposo.

Mi padre y el candidato se enfrentaron a golpes hasta que llegó la policía y amenazó con llevárselos presos. Con los rostros ensangrentados prometieron terminar otro día lo empezado esa noche y siguieron su camino de mala gana. Diez minutos más tarde el vehículo del candidato rodaba por un abismo, sin darle tiempo de terminar lo empezado esa noche pues fue llamado inmediatamente a rendir cuentas al creador. La noticia del accidente voló mucho más veloz que el vehículo del difunto y todo el pueblo le achacó a mi padre la muerte del querido candidato, aunque existían varios testigos de la fatal imprudencia. Mi madre sufrió muchísimo esos días porque mientras el marido estaba preso, el dinero escaseaba y los clientes del pan no querían tener tratos con la mujer del arrogante liberal que, en vez de arreglar, había desarreglado un carro para provocar la muerte de su querido candidato.

Una tarde, dos meses después del accidente, la viuda le hizo a mi madre un pedido de pan para el siguiente día. Ella recibió el pedido encantada pensando que ya era hora de que reconocieran la responsabilidad del muerto en el accidente y volvieran todos a comprarnos pan. Se levantó con el canto del primer gallo, amasó y horneó el pan mientras desde la cama yo disfrutaba su delicioso aroma; empacó el pedido adicionando una cantidad generosa, como acto de reconciliación. Después me levantó, me tomó de la mano y salimos con mi hermano a entregar el pedido. Cuando la viuda abrió la puerta fijó en nosotros su mirada profunda y sombría, haciéndome estremecer. Mi madre le ofreció el pan con una sonrisa radiante en el mismo instante en que apareció por detrás de la viuda la figura del hijo mayor que, sin darle tiempo de borrar la dulce sonrisa que adornaba su rosto, le descargó tres balazos mientras le gritaba:

Saludes a mi papá. Esto cóbreselo al maldito liberal de su marido.

Ella se derrumbó sobre un mullido colchón de pan, teñido del color escarlata que tanto defendía mi padre. Yo, que con diez años no lograba entender muchas cosas, me tiré a su lado llorando y me abracé a su cuerpo; entonces sentí a mi hermanito revolcándose en el vientre de mi madre, en una muda protesta, enfrentándose a la muerte antes de nacer, por un partido en el que nunca pudo jugar.

La llamada

Lola Sanabria García

La Habana. 10 de julio de 1953

Estimado don Julio:

Espero que al recibo de esta se encuentre recuperado de la indisposición que le impidió, en el último momento, acompañarnos en este viaje. De nosotras, ya debió tener noticias a través del cable que le envié nada más pisar la isla.

Llegamos a La Habana en buen estado de salud. Su esposa, fatigada por el viaje, decidió posponer la escritura de cartas. El paso de los días ha ido cambiando la situación y, en este momento, doña Edelmira está totalmente recuperada, pero ha delegado en mí cualquier forma de comunicación con todos los que dejamos en España. Incluido usted. Debe perdonarla pues los baños, los paseos por el malecón y sus visitas a salas de fiesta como el Tropicana, la mantenían en un estado de encantamiento y excitación continuos. No en vano no conocía el mar, pues se crió en el campo, y, como usted sabe, el doctor Moralles le prohibió actividades que pudieran alterarla, recomendando reposo, reposo y más reposo, dado su delicado estado de salud. Mis caldos de gallina y las infusiones que le preparaba no consiguieron mejorarla. Se aletargaba y necesitaba recluirse en sus dependencias a dormir y descansar. Sin embargo, he de confesarlo, sugerido por mí, el doctor dijo que un viaje de placer le vendría bien a doña Edelmira.

Obra en su conocimiento que pasé una temporada en Cuba, arreglando los papeles de una pariente que falleció en la isla, y tuve trato con personas que fui presentándole a su esposa. Entre

ellas está Ernesto, un joven primo lejano con mucho encanto que enseguida se hizo inseparable de doña Edelmira. Hace unos días que, entre copa y copa de champán, le escuché palabras sueltas como «asalto», «cuartel», «Moncada», «Fidel» y otras, que iba desgranando con los labios muy cerca de la oreja de su esposa. A ella le brillaban los ojos de excitación y tenía las mejillas arreboladas, pero ningún síntoma de irle a dar un síncope, ni de encontrarse mal de alguna manera.

Cuando llegamos al hotel intenté sonsacarla, le advertí de que se rumorea que el cuarterón tiene tratos con grupos rebeldes que operan en la clandestinidad. No le pude sacar nada. Y me temo que anda en algo turbio. Le pregunto y calla. Incluso me da esquinazo, nada más salir a pasear, con excusas como que ha olvidado la sombrilla. Me pide que la espere en la calle mientras vuelve al hotel, pero no regresa a mi encuentro hasta la hora del almuerzo.

He llegado a la conclusión de que ella siempre tuvo un carácter salvaje, aunque aletargado, y ahora escuchó la llamada de la selva, por decirlo de alguna manera. Así que será lo que el destino disponga. Sí, mi estimado señor, el destino va preparando el camino de todos nosotros. Es posible que algo le ocurra a su esposa, a quien con tanta paciencia y mimo he cuidado. Créame cuando le digo que, si algo le pasara, sabré estar, como siempre, a la altura de los acontecimientos. Son muchos años a su servicio, don Julio. Me hice imprescindible tanto para usted como para doña Edelmira. Depositaron en mí toda su confianza.

Cuando todo esto acabe, yo estaré a su lado. Siempre me tendrá dispuesta para consolarle. Seré discreta, silenciosa y eficaz. No lo dude ni un momento. Porque estoy segura de que cuando dejaba como al desgaire su mano derecha sobre mi hombro mientras me dictaba, era una señal de un sentimiento más profundo que el solo afecto. Yo tenía que hacer un gran

esfuerzo para contener el temblor de mis dedos y que no me saliera mal la letra al escribir un asentamiento, una misiva al administrador de fincas. Ni usted, ni yo, con el decoro y las apariencias que debíamos guardar, podíamos hacer otra cosa que no fuera el roce de mi brazo al pasar por el pasillo que da a las habitaciones, la leve sonrisa compartida cuando doña Edelmira tenía que abandonar la mesa, después de unos sorbos de té, repentinamente indispuesta. Todo será diferente en adelante. Lo sé. Sólo hay que esperar un poco más.

Suya afectísima: Alma María de Juan

Crónicas de un futuro próximo

Juan Fernando Ruiz Claver

Iniciando conexión:

Jueves 17 de febrero de 2037: ya nadie se atreve a salir a la calle con tranquilidad. La inseguridad y la violencia dominan la ciudad, y las bandas de delincuentes comunes se han hecho con el control de la situación, sin que los CEPC (Cuerpo Especialista de Protección Ciudadana) puedan evitarlo.

Conseguir alimento a diario, o bajar a la farmacia para comprar medicinas es muy arriesgado; incluso protegido con el preceptivo chaleco salvavidas, el casco integral obligatorio, unas zapatillas ligeras y algún elemento disuasorio básico, como el spray de pimienta o el “TÁSER”.

Un olor nauseabundo flota en el ambiente, entrando en casa cada vez que intentas airear las habitaciones, mezcla de las emisiones contaminantes industriales y los gases generados por la acumulación excesiva de basura en las CITRU, (Cubas Térmicas para Incineración de Residuos Urbanos).

La tregua, tras haber dado con la cura contra el cáncer, nos ha durado poco; ahora nos atacan nuevas pandemias, que afectan a más del 53,6 % de la población: la Alergia Neumónica Terminal, el Asma Crónico, el Ictus Letal o la DECO, (Desnutrición Corrosiva), que deteriora los órganos vitales hasta atrofiarlos, fulminan a diario a familiares y amigos sin clemencia.

Por descontado que los más afectados son los ancianos y los recién nacidos, quienes, por desgracia, se consideran población vulnerable de alto riesgo, desde que el cambio climático y las

emisiones contaminantes terminaron con la protección natural de la Capa de Ozono.

Por eso, son pocas las parejas que se deciden a unirse y contactar con el objetivo de crear un "Núcleo Tríptico", por más que los Gobiernos de cada Federación, anuncien suculentas ayudas a la natalidad, y garanticen los "Ecopartos": nacimientos efectuados de forma natural en macroinvernaderos de conservación forestal, donde el bebé comienza a respirar aire puro, indispensable para sobrevivir los primeros días, generado por las especies arbóreas que aún subsisten, protegidas y en peligro de extinción.

Pese a todo, nosotros tenemos suerte, porque a mi unidad inseminadora le han nombrado Alcaide Responsable Microvecinal, de forma que ningún día nos faltan las tabletas multivitamínicas nutricionales ni el descontaminador—potabilizador de agua.

Pronto cumpliré los 18, y hace ya más de dos años que tengo una ciberamiga virtual estable, con la que interconecto a diario y con la que espero unirme pronto. Nos conocimos navegando en "*Love Me Tender*", y desde la primera videoconexión, tuve claro que era mi perfil ideal complementario.

Si todo va bien y consigo aprobar el grado de "Pastor de Nanoelementos Biomecánicos para Fines Industriales" Tierra, (que así se llama mi ciberamiga), dejará de ser mi Cruhs y planificaremos una fecha para nuestro primer DCF, (Día del Contacto Físico).

En nuestra Federación se han establecido un máximo de cuatro DFC al semestre, siempre que puedas demostrar la estabilidad en la relación que mantienes, claro…. Y únicamente dos al año, si solicitas DFC con Gestadoras Nodrizas Autorizadas.

Entre tanto, Tierra sigue cuidando de su madre, enferma de DECO, aunque ya han solicitado los permisos para la Eutanasia por Infección Terminal Irreversible. El Ciborg medicalizado

que la atiende ha informado de la situación, descartando cualquier posibilidad de recuperación; y con suerte, tendrá derecho a una prestación permanente por orfandad absoluta sobrevenida.

Ojalá pudiéramos formar un Núcleo Tríptico en breve. Los resultados analíticos han sido de lo más esperanzadores: Tierra parece ser muy fuerte, y sus óvulos son receptivos en un 87,2 %; su organismo se muestra inmune a la degradación por ingesta de microplásticos; y yo tengo unos espermatozoides fértiles en un 47,3 %, que, dada la media establecida para varones jóvenes afectados por esterilidad parcial sobrevenida, no está nada mal…

Si no lo conseguimos, siempre podremos optar por la alternativa más común: solicitar la custodia en usufructo de una BAFA, (Biounidad Autómata Familiar Artificial), aunque sea de las reprogramables de segunda generación, que son mucho más asequibles.

Ya sé que no es comparable pero, pese a que pierdes todo el derecho a recibir subvenciones, lo bueno de las BAFA….

…Tengo que cerrar conexión, porque acaba de sonar la alarma del Toque de Queda Energético, y he de apagarlo todo de inmediato; no quiero recibir la visita de los CEPC, amenazando con detenerme.

Hasta mañana; cerrando conexión…

Los turistas no saben cantar

Bernardo Álvarez–Villar Artola

Desde las lomas que rodean la aldea puede verse la expedición cuando empieza a subir el puerto. Es solo un fugaz parpadeo antes de volver a ocultarse entre las abrumadoras formaciones calcáreas y las curvas de horquilla que peinan el abismo. Una alteración casi imperceptible del paisaje, pero a ojos de los nativos es como si un temblor agitase la quietud de estas montañas. Ahora ya es seguro. Antes del atardecer tres minibuses aparcarán frente al Hotel Bamaga, donde pasarán la noche dos docenas de turistas europeos y americanos.

Rachid recoge entonces su rebaño y vuelve al pueblo. Se acerca a casa de Kazim, desamparada frente a la intemperie del Atlas, y entra a saludar a su abuela. La vieja no aparta la vista del horno y asiente a todo: avisará a Kazim cuando vuelva de la cantera, le recordará que se lleve los tambores.

Ya en la aldea vive Usaym curtiendo pieles y tocando un sintir de cuerdas raídas, siempre a punto de partirse. Esta noche podrá sacarse unas monedas para pagar al dentista. Cuando vean encenderse las luces se plantarán los tres en recepción con sus túnicas bereberes bordadas en hilo de cúrcuma. Yasser, el dueño, los mirará con hartazgo y rezongará por lo bajo, pero acabará por dejarles pasar.

Yasser pasó unos años en Europa, malviviendo de camarero, y conoce bien a los turistas. Sabe que esa pincelada exótica que dan los muchachos del pueblo con sus canciones de pastores ablanda sus corazones y estimula el gasto. También supone una estampa encantadora para Instagram que incrementa la

satisfacción del cliente. A Rachid, Kazim y Usaym les caen solo las migajas. Al terminar su espectáculo, pasan una cesta para que los turistas se deshagan de esos dirhams de bronce que les pesan en la riñonera.

Les gusta irrumpir en fila india y con paso firme, sin saludar pero sonriendo a los comensales. Desconcertar al público desde el comienzo, porque también ellos han aprendido algunos rudimentos del espectáculo. Se sientan en unas banquetas y Usaym arranca acariciando el viejo sintir, despertando en sus cuerdas un eco ancestral que suena a desierto de madrugada y fogatas crepitando entre las dunas. Kazim resucita en los bongos ese latido terráqueo como un aliento llegado del principio de los tiempos.

Las primeras canciones son siempre solemnes, melodías vehementes que se enredan en el trance furioso de la percusión. Cantan para dar la bienvenida a los forasteros. Afuera una brisa heladora azota las tapias de adobe y solo se oyen los cencerros de las cabras dispersas entre los riscos.

Luego pasan a un registro más festivo, levantándose de pronto para bailar como lo hacen en los vídeos de reggaetón. Parodian hasta el ridículo la voluptuosidad del baile latino, y lo hacen con una alegría tan genuina que no deja lugar al pudor. Los turistas más animados dan palmas tímidamente, y los más rubios y pálidos enrojecen de vergüenza. Kazim golpea los bombos con descaro y Rachid y Usaym se atreven con una canción en español que habla de fumar hachís y beber cervezas. Es la única que no aprendieron de sus abuelas.

La actuación se alarga hasta que la atención del público decae y hay menos palmeros que pantallas encendidas. Podrían seguir tocando otra hora más, pero saben que en este punto se termina la fiesta. Usaym agradece los aplausos y pide a los asistentes que canten una canción de su tierra o que bailen como bailaban sus ancestros:

Así todos podemos aprender algo del otro. Saber quién es y cómo vive.

Y un violento silencio es todo lo que los músicos aprenden de los turistas. Así son, así viven. Muchos miran al móvil. Rachid recorre las mesas con mirada inquisitiva, se detiene en los más tímidos y se regocija viéndolos negarse casi con indignación. Los turistas están dispuestos a pagar, pero cantar les parece demasiado. Entonces pasan la cesta, que vuelve cargada de chatarra, y los huéspedes se retiran a sus habitaciones. Apenas han repartido la colecta cuando aparece Yasser para echarlos.

Mañana los turistas se irán. Subirán al autobús y viajarán en silencio, escuchando música en los auriculares. Se marcharán sin calderilla y sin canciones.

Amor de entreguerras

Rosa María Mateos Ruiz

En un encuentro de escritores noveles, que no jóvenes, donde casi todos superábamos lo que mis amigos mallorquines llaman el *bell mig de la vida*, conocí a una señora muy singular que debía haber cruzado ya la barrera de los setenta. Procedía de un país de la cordillera andina y arrastraba las palabras —casi sin respirar—en un castellano primigenio. Se dormía entre las pausas porque andaba más preocupada en soñar las historias que en escribirlas. Sin embargo, en los cafés se desquitaba haciendo gala de una literatura oral desproporcionada, rica en matices y alocada en argumentos.

En uno de esos tentempiés me contó la historia de su abuelo Hermenegildo, oriundo de un pueblo costero del País Vasco que limitaba con Francia a través de una secuencia infinita de estratos verticales. En aquel periodo de entreguerras, el pueblo se había puesto de moda como destino veraniego de la burguesía más pudiente. Eran tiempos de apertura al mundo y rupturas tectónicas del orden establecido. Las mujeres europeas dejaron de ser las tímidas mojigatas de antaño para moldear la vida a su antojo. Tiraron los corsés a la basura, se deshicieron de velos y sombrillas, acortaron el vestuario para dejar las piernas y los brazos al viento y se adueñaron del sol y la espuma marina.

El abuelo Hermenegildo era un hombre de bien, sin ninguna aspiración distinta que la de vivir tranquilo. Como funcionario del ayuntamiento aceptó durante los veranos un oficio peculiar que requería de un espíritu sosegado como el suyo: había de asegurar el decoro en la playa y comprobar que ninguna dama

llevara las faldas de baño más de diez centímetros por encima de la rodilla. El *metrocensor* cumplía su trabajo con parsimonia y nobleza cartesiana sin sospechar que su mujer le había trucado el metro para favorecer a las mujeres. Gracias a doña Emma Johnson, entre las capas de roca y las olas de arena, paseaban damiselas con las faldas más cortas que se habían visto jamás en el Cantábrico.

Nadie en el pueblo sabía del verdadero origen de la abuela Emma, poco más allá de que había llegado en un barco inglés años atrás para quedarse en aquella ensenada de pescadores. Ni siquiera el abuelo Hermenegildo sospechaba que su mujer venía huida de la justicia. Se casó enamorado hasta la cinta del sombrero con una de las sufragistas británicas más activas del movimiento. La señorita Johnson era especialista en sabotear líneas eléctricas, corte de ferrocarriles y la mayor experta en la fabricación de bombas caseras. Eso sí, no tenía delitos de sangre porque sus artefactos eran de mucho ruido y pocas nueces.

Esta historia me contó la *condoresa* andina apurando un café a media tarde. Quería escribir una novela con la biografía de sus abuelos y no sabía por dónde empezar.

—¿Y si me escribe usted las primeras líneas? Para que yo pueda ir tirando del hilo —me dijo.

Y como no puedo negarle nada a una mujer que habla con diamantes en la boca, me animé a escribir este pequeño cuento para ella.

Gotelé mental

Charo Gómez

Durante el confinamiento he vivido sola. Me he encontrado conmigo misma a medio camino entre mi cuerpo, el salón, mi mente y la cocina. Tenía subidas y bajadas de ánimo: me atiborraba de chocolate, me conectaba, me crispaba, me conectaba, me emborrachaba, me conectaba, me polarizaba... La angustia y la ansiedad se apoderaron de toda mi existencia. Después del largo día me iba a la cama tropezando con los muebles y con las sílabas. Había dejado de ser el *pim, pam, pum* real de todo el mundo y ahora solo los veía por videoconferencia, con los labios pintados de rojo carmesí y vestida de cintura para arriba, como los presentadores del telediario. Como si nada ocurriera. Intentando simular la normalidad.

Al principio todo eran risas. La pantalla se había convertido en casi la única ventana al mundo. Frente a las calles desiertas, frente al terror del aislamiento y frente al yo, me, mi, conmigo, tenía que buscar, desesperadamente, a los demás en el monitor. Bendito wifi salvador, que, junto con los sanitarios, también merece el Premio Princesa de Asturias en la categoría de Ciencias de la Comunicación.

Al poco tiempo eran tantas las videollamadas que me sentía casi *Zoomvigilada*. Clases virtuales, reuniones laborales, mimitos familiares o botellones grupales. Casi todos lucíamos como decorado una estantería cuajada de libros, no sé si de *atrezzo* o real para alardear de cultura. Incluso he oído la famosa doble pillada de desnudo y cuernos en pleno directo casero entre tertulianos televisivos. Todos, en el fondo, haciendo teatro.

A propósito de interpretar nuestra soledad. Vale, lo confieso: pasé todo el confinamiento en el pueblo, haciendo compañía a mi madre, sin ordenador, cobertura, ni conexión a internet. Creo que tengo una especie de gotelé mental que me incita a ser protagonista de mil vidas.

Las tres Marías

Miguel Ángel de la Calle Villagrán

Se despertaba el día. Eran las cinco. El pueblo, horas antes dormido, había comenzado a abrir sus puertas. De los corrales surgían lentamente las yuntas mostrándonos su aliento.

A acarrear van por el camino del Caño el Abundio y su hermano Zacarías. Por la Rinconada se aleja el tío Felipe con sus dos hijos y sus mantas. Cerca de la cuesta Pelona, una polvareda envuelve el rebaño del tío Segundo.

La vacada del pueblo, agrupada en el pilón, ha iniciado su andadura hacia la dehesa.

Detrás el tío Maximino va arrastrando su cojera. Una bala le dejó cojo en Belchite. Unos metros más atrás y a lomos de un burro tordo, han aparecido las segadoras, “las tres Marias” como les llaman en el pueblo.

—¡Hola señor Maximino! ¡buenos días! —gritan desde el jumento las tres mozas—, ¡Buenas! —contesta el vaquero, volviéndose hacia ellas lentamente.

—¿Donde vais a echarla hoy, hijas?

—Estamos en la de los Agüeros. Tenemos para esta mañana todavía.

—¡A por ella entonces, hijas! No aflojéis que ya va bueno.

Las tres jóvenes bordean ahora el majuelo del tío Agapito. Primero va la Concha. A sus diecisiete años se ha tenido que echar a segar. Su padre, el tío Amancio, está imposibilitado. Según dice él mismo, por un mal frío que le entró en el invierno por los zancajos y le subió por todo el cuerpo. La Concha tiene

seis hermanos más pequeños y la cosa anda apurada a la hora de comer.

En medio, la Rufa. Su padre vino de criado desde un pueblo de tierra de Cuéllar después de pasar tres años en la guerra y seis en la cárcel.

Dicen que el verano pasado la Rufa y su madre se llegaron por la noche hasta las eras y en una carretilla se llevaron un saco de trigo de lo del Secretario. Al parece , se echó en falta, dio en liarse la madeja ,y fuera cierto o no, Bonifacio, su padre tuvo que dejar la labranza del cacique, para si ya andaban mal las cosas en casa, andar peor.

Atrás, en la grupa, va la Artura. En su casa tampoco marchan bien las cosas. La familia es un desastre desde que el padre se aplica al blanco de la taberna del tío Serapio. Dicen que desde que volvió del Ebro no ha levantado cabeza.

Ya en la tierra, las segadoras afilan sus hoces y se colocan sus zoquetas. Faldas largas, blusas negras, pañuelos blancos y grandes sombreros les protegen del sol. Surco arriba, surco abajo, camufladas en los trigos, las segadoras se afanan lentamente, mientras el sol descarga su poder caliente.

Patos, torcazas y palomas cruzan silenciosos por el cielo . Los grajos pasan en bandada hacia los pinares de la comunidad. Casi imperceptiblemente el pueblo y sus tierras son, en estos días de julio, un movimiento constante. La siega, el acarreo, la trilla, las vacas, las ovejas…

La tarde, seca y espaciosa, ha ido cayendo. Sobre las copas del plantío de Isidro, como cada tarde, el sol ofrece su alargado y rojizo regalo. Por los caminos, la silueta de las yuntas va acercándose entre sombras y colores. Huele a tarde.

Desde la dehesa, la vacada viene presurosa al agua del pilón. Envueltas en el polvo del camino, las segadoras vuelven cantando. Tienen fama de alegres y dicharacheras. Cuando comenzó la siega, los mozos se reían de ellas. Pensaban que

antes de una semana soltarían las hoces. Mediado el verano los trigos y las cebadas del tío Florentino ya casi son rastrojo.

Las tres van cada domingo al baile, con el orgullo en los ojos, y ya sólo sonríen los mozos cuando las sacan a bailar.

La noche se ha cerrado, quieta. A la luz de la luna, las ranas y los grillos componen su concierto nocturno. Huele a tierra y a rastrojo. Los botijos reposan junto a las puertas. Las familias salen a tomar la fresca. Los jóvenes en la taberna, despachan porrón tras porrón. Las mozas pasean por la carretera y los niños juegan en la plaza al marro... Ladran los perros.

De la mano de Esteban

Francisca Fernández Guerra

Querido hermano:

Hace menos de dos horas que hemos vuelto del pueblo y descargado el coche. Esta vez llegar a casa ha sido muy diferente a otros años. Este otoño impreciso que nos esperaba ha mojado la tierra, el suelo está blando y está atardeciendo, pero la hierba parece cubierta del mismo rocío de las mañanas en el pueblo.

Hemos vuelto bien, sin novedad podría decir, si no fuese porque la novedad nos dijo adiós al salir y también está aquí, a nuestro alrededor. No te oculto que los últimos diez días los he vivido en el pueblo con el estómago encogido, con el temor a una llamada de cualquiera de vosotros anunciando un hospital o algo peor aún. Ni siquiera las labores de la casa han conseguido relajarme ni subir el ánimo. Por distraerme, he visto crecer las plantas como nunca; tan de cerca, tan encima de ellas estaba, que parecía que iban consumiéndome a mí para ellas hacerse más presentes, llenando de sombra el porche y haciendo el atardecer un poco más oscuro que de costumbre. Por suerte, Esteban, mi marido, parece no vivir ese agobio.

Si en otros años he tenido que marchar a regañadientes y no sin cierta tensión la fecha de vuelta, éste he vivido mal la idea de regresar a la ciudad. Cuando veía a Esteban tumbado en la manta debajo del olivo tenía la sensación de que se terminaría integrando en la tierra, que iba a echar raíces convirtiéndose en un árbol más del huerto. Este año me he dado cuenta de la fuerza de la savia que lleva dentro de sí mismo, de las raíces

enormes que le unen con su infancia y ese lugar. Tal vez el semi encierro de este año me ha permitido darme más cuanta de la fuerza que esa vida suya anterior le da a la de ahora, a tanta distancia de sus orígenes, mientras sigue trabajando en la fábrica, manejando materia que no es la que le corre por las venas de la memoria.

Esteban pertenece a esa rara raza de hombres que salen del campo huyendo de la necesidad, sin desear hacerlo, y se van con la llave de la vuelta en el bolsillo: por mucho que aprendan, dinero que ganen y futuro que se les abra, su posado está en las raíces de ese pozo terco y profundo en el que nunca falta agua fresca.

He comprobado en todos estos meses que, esté por el campo o dentro de la casa, él tiene un cauce de sabiduría que igual le sirve para comprobar desde la distancia si los melones de la mata están maduros o qué rama hay que recortar para que la buganvilla de la entrada no nos ahogue la puerta. Lo que antes siempre me parecía obsesión por su tierra, esa dependencia que a veces no conseguimos resolver con discusiones, en realidad es la acequia que riega su vida.

He disfrutado con él recogiendo las ciruelas del vecino, las que caen en nuestro huerto, pero más aún viéndole luego hacer mermelada fina como la de un hotel de cinco estrellas; volviendo del campo de recoger patatas de siembra para cocerlas ese mismo día, o limpiando las hojas de las lechugas como si quitase pétalos mustios a las rosas del muro.

Creo que sí, que también él ha sentido la misma presión por las ausencias de otros años, las comidas con la familia del pueblo, los pequeños viajes de novios maduros a Mérida... Y pienso que por eso, cuando le entraba el agobio, en vez de suspirar hondo como yo hago, me quitaba el delantal o el paño de limpiar, me agarraba de la mano y nos íbamos a caminar

entre olivos, bien derechos, sin mirar a los lados, como avanzan los surcos del sembrado.

Cuidaos bien. Muchos besos de tu hermana que os quiere

Paqui.

El peine de nácar

Alix (Adela) Rubio Calatayud

La niña entró en el dormitorio y se sentó en la cama, absorta en la contemplación de su madre que se peinaba frente al espejo del tocador. El largo cabello negro brillaba lleno de vida, el peine de nácar se hundía en las guedejas azabaches. La madre miró a la niña y la llamó con un gesto.

¿Quieres que te peine, cariño?

La niña se levantó y se acercó a su madre, que desató los lazos color de rosa y le deshizo las trenzas color caramelo. El peine de nácar le alisó el pelo una y otra vez. "Pareces una princesa de cuento, con tus largas trenzas. ¿Recuerdas que te conté la historia de la princesa cautiva que echó sus trenzas por el ventanal para que subiera un príncipe a rescatarla? Pues tú eres igual."

Lili se despertó y parpadeó bajo la luz del sol que entraba a través de la cortina. Miró hacia su tocador, pero no había nadie frente al espejo. Últimamente soñaba mucho con su madre y con ella misma, rememorando episodios de cuando era pequeña. Su madre como mujer joven y morena, grandes ojos negros y abundante melena negra y algo rizada. Lo que más fascinaba a Lili era el peine de nácar de su madre, un peine antiguo que le recordaba las leyendas que ella le contaba. A veces la peinaba con él, pero no la dejaba tocarlo porque se trataba de un objeto delicado que tenía en mucha estima.

La madre se peinaba frente al espejo, se pintaba los labios con un lápiz labial que hacía juego con su abrigo rojo de entretiempo, se calzaba zapatos de tacón muy alto, y salía a comprar

temprano. Generalmente, Lili aún dormía y se despertaba con el sonido de los tacones sobre el empedrado de la calle, que anunciaba que su madre ya estaba de regreso. Lo escuchaba de lejos, y a su alrededor todo recobraba la paz y la dulzura de la madre: mamá estaba en casa y la vida era buena. En la cesta de la compra, una chocolatina para endulzar su despertar.

Lili se levantó y, todavía soñolienta, se puso frente a su espejo: no se parecía a la madre. Era una mujer de piel muy blanca y pelo color caramelo que se encendía bajo el sol. Tampoco tenía un peine de nácar. El peine de nácar de su madre se rompió, o se perdió en una mudanza. Quién podía saberlo, después de tantos años. Una vez le preguntó por él, lo que más deseaba era que algún día se lo regalara. Lo guardaría como su mayor tesoro. La madre quedó pensativa y sonrió. Ya no se acordaba. Lili no volvió a mencionar el peine. Siguió soñando con su madre, con la cocina que olía a café, las melodías de la radio alegrando la casa, los lirios del jarrón, las lecturas, la risa de la madre como una campana de plata.

Un día la madre entró en coma y ya no despertó. Lili le susurró a modo de despedida: "mamá, te espero en la terraza para que me cuentes un cuento y me peines las trenzas con tu peine de nácar."

La niña rodeó con sus brazos el cuello de la madre y besó sus mejillas tibias. Olía a perfume floral y a sol. Con dedos tímidos, acarició el peine antes de que la madre volviera a colocarlo en su lugar en el tocador.

Lili se sentó ante su mesa de trabajo y cogió el bolígrafo verde. Siempre escribía a mano, y aquél era su color favorito. Desplegó un cuaderno y comenzó a dar vida a sus recuerdos en poemas y relatos en los que la madre de tez morena era la protagonista, y llevaba a su niña de la mano.

La niña acarició sus trenzas y miró a la madre con los ojos brillantes y llenos de ternura. "Mamá, cuando sea mayor, ¿yo

seré una princesa?”. La madre le sonrió y apoyó su mano cálida, que siempre transmitía seguridad y amor, sobre la cabeza de la niña. “Serás escritora y tendrás un peine de nácar para peinar tus sueños.”

Fe

Raúl Clavero Blázquez

—Ya soy mayor, papá. No quiero que me leas más cuentos.

—¿Por qué? ¿No te gustan?

—Es que... es que son todos mentira.

—Hijo, por favor, sólo... sólo unas páginas.

El niño mira a su padre, y como si estuviera poseído por un precoz pragmatismo vital en el que la imaginación parece no tener espacio, niega con la cabeza, dibuja en sus labios una mueca de hastío y se da media vuelta en la cama.

¿Y el de Peter Pan?

El niño ya no responde. Simplemente bosteza y se sube la manta hasta taparse la cara por completo. Tras unos segundos, el padre cierra el libro, apaga la luz y sale del cuarto cabeceando, devastado por las palabras de su hijo.

—¿Qué hicimos mal? —se lamenta el padre—. ¿Será por la televisión? ¿Por los videojuegos? ¿Cómo es posible? –piensa mientras recorre apesadumbrado el pasillo—. Si ya no tiene fe en los cuentos eso quiere decir que ya no cree ni en los duendes, ni en los magos, ni en los animales parlantes, ¿cómo es posible? –se pregunta al abrir la puerta de su dormitorio—¡No cree en Cenicienta, ni en Supermán, ni en Santa Claus! ¿Cómo es posible? –clama, con desconcierto, subiendo la persiana de su habitación—¿Cómo es posible? –solloza, gritando su lamento a la ciudad.

—¿No recuerdas? –susurra una voz a su espalda–. Nosotros lo elegimos.

El padre se gira, sobre el marco de la puerta se recorta la silueta de su esposa. Busca en ella alguna respuesta.

¿Te arrepientes? –pregunta la mujer con un hilo de voz, caminando despacio hacia su marido, como si en cada paso hubiera de atravesar algún mar cubierto de anzuelos.

El hombre aún sostiene el libro en su mano derecha. Lo mira un instante. Acaricia su lomo, sus páginas. Siente ganas de llorar y lo arroja de pronto al otro extremo de su cuarto.

—Sí –admite finalmente—. Me arrepiento. Yo no quiero seguir viviendo en un mundo sin fantasía –afirma, deteniéndose con rabia en cada sílaba.

El padre abre entonces la ventana, asoma un pie y luego el otro a la cornisa. La mujer le ofrece sus manos, como en una plegaria, y avanza hacia él, pero antes de que pueda atraparlo, el hombre coge aire, toma impulso, y salta.

El niño ya duerme, y no despertará en varias horas, aunque su padre se acaba de lanzar al vacío. Cae el padre y sueña el niño. El padre cae.

Cae.

Cae.

Y ya roza con su cabeza las copas de los árboles cuando, de pronto, comienza a volar. En ese instante, de entre las sombras de la avenida surge una antigua voz tintineante: "Ven, vuelve conmigo", parece decir, perdiéndose por un callejón. El padre duda, hace un tirabuzón en el aire, mira la ventana de su casa y alza el brazo hacia su mujer, que lo observa con gesto suplicante. Piensa entonces el padre en tiempos pasados y mejores. Piensa el padre en que, quizá, después de tantos años, haya llegado ya el momento de regresar a Nunca Jamás.

Bajo el agua

Lola Sanabria García

Me gustan las hebillas. Grandes, medianas, pequeñas. Plateadas, doradas, de latón, estaño, plástico. Ovaladas, cuadradas, redondas, con forma de flor, estrella, bisonte. De un pasador o más. Son muchas y variadas. De los cueros y telas que ceñían cinturas, colgaban bolsos, cerraban zapatos y botas y adornaban trajes y gorros, en cambio, no quedó nada después de la inundación. El agua lo pudrió todo. Pero permanecen las hebillas que esparzo sobre las losas del patio, secas por el sol de días, meses, años. Elijo esta o aquella y enfrío la calentura de un labio, el calor afiebrado de mi frente cuando te recuerdo en toda tu plenitud.

Yo quiero el andar ruidoso, la risa de escándalo, insolente, que pregonaba a los cuatro vientos por las callejas de la ciudad, tu condición de joven. Te creías inmortal. ¡Quién no a tus años, a los míos! Y desde esa creencia construías un futuro sin casi proponértelo. Ibas a la universidad con ganas, como si allí se fraguara una gran fiesta. Los míos, mis colegas, esa era tu manera de referirte a los compañeros. Me habría gustado acompañarte. Sentarme a tu lado solo por el gusto de estar ahí mirándote, sin que tú me vieras, observando cómo tomabas apuntes; qué decías. Y así lo imaginé muchas veces. Te seguía por los pasillos y compartía tus cafés y croasán en la cafetería.

¿De dónde has salido?, fue lo que me dijiste el primer día, cuando pasaste por la tienda a comprarte un cinturón. Te puse mala cara. ¿Qué pregunta era esa? Y tú cambiaste los libros de brazo, como si jugaras a barajarlos, y te echaste a reír.

— No te ofendas. Pareces salida del cuadro La chiquita piconera— dijiste sin perder la sonrisa.

Agaché la cabeza y contuve la risa. Volví a coger el cincel y te dejé mirar los bolsos, las cubiertas para libros, las botas y los cinturones. Elegiste uno. Entonces me levanté para cobrarte y tú rozaste mis dedos al entregarme el dinero. Me esperaste a la hora de cerrar y fuimos a tomar un café. Enseguida supe que tomaríamos la ciudad, amándonos en sus plazas y calles, en cualquier rincón, casa o esquina.

A primeros de octubre comenzaron las lluvias. Gotas frías que manaban sin tregua de un cielo que se desbordaba, borracho de agua.

Echábamos de menos el olor del azahar de la primavera aún lejana, mientras bebíamos el café de media tarde, cuando ocurrió.

Un bramido de animal furioso. Y con él llegó el diluvio que lo barrió todo. Sillas, mesas, tazas, vasos y cucharillas salieron despedidos con la violencia de la ira incontrolada. De nada sirvió aferrarse a una columna, o a la barra. Brazos, piernas y cabezas se golpeaban unos contra otros.

Cuando cesó, te busqué en las profundidades del suelo anegado, y te vi caído como un muñeco roto. Llevabas el cinturón. En eso me fijé. Y en los que pendían del mío. Esos que había llevado para enseñarte. Enganché uno al tuyo, lo cerré con la hebilla y seguí formando eslabones rematados en mi cintura. Tiré de ti. Y te saqué. Te recuperé para que sigas conmigo. Todo será mejor que antes. Un poco más mayores, nada más. Ahora descansas. Aún te crees bajo el agua. Pero sé que me escuchas, que estás atento a lo que te digo.

Me gustan las hebillas. Son fuertes, resistentes. No se rinden. Como yo. Como tú. Como nosotros. Sé que en cuanto estés preparado para volver, nadarás hacia la superficie, sacarás la cabeza y me preguntarás de dónde he salido. Tomarás de nuevo

la palabra, con esa vitalidad que te llevó hasta mí. Y volverás a decirme que soy el vivo retrato de La chiquita piconera.

El jugador

Lola Fernández Estévez

Porque somos parte del mundo seguimos al hombre, en el fondo vamos y venimos todos dentro de todos, bajo diferentes atuendos y razas. Nos colgamos en sus huesos sin que se dé cuenta, como la cultura y las ideas. Va empaquetado con camisa de amapolas y colgajo de corbata de cuerda.

Estamos en el casino, observándolo, el hombre apuesta una montaña de fichas, colma un número en el cuadro infernal: el dieciocho; los demás números miran mudos al elegido. La ruleta gira, el índice de la fortuna roza los números, elucubra a quién corona: destierra a treinta y cinco, y deja su uña en el dieciocho.

El crupier empuja y arrastra el premio por el fieltro a base de palo. El ruido del plástico gira cabezas. Empieza el reino del ganador, los admiradores se convierten en súbditos en torno a él. El hombre sonríe por dentro, en sus ojos agujereados se encienden velas de tirano. Lo veneran porque perdieron el rumbo del espíritu colgado en las carteras. Todos, incluso nosotros, creemos ver la nube cegadora que rodea al hombre. Sus labios huyen hacia las mandíbulas, cuando la montaña de fichas camina otra vez hacia el dieciocho.

El monstruo del materialismo se relame, ha conseguido que los hombres se alejen de los sueños y salgan de los libros y los poemas, él ofrece todo menos lo más valioso, lo que no se puede comprar: que nos quieran. La bola se cansa y el hálito del azar señala otra vez el dieciocho. El hombre, definitivamente, ya no tiene defectos para la tribu, aunque en su interior pernocte un

asesino. Desde el oráculo de su entrecejo, alarga los tentáculos y vuelve apostar al número elegido. Los seguidores estiran las alas, un clamor los sobrevuela, siguen al Mesías, apuestan sus fortunas enteras al número del líder. Pero el hombre, con gesto inesperado, retira como en tormenta sus fichas unos segundos antes de la sentencia: «No va más».

La manada queda desangelada, sin el ungido, la bola gira loca y pasa de largo el dieciocho; la ruina cubre el rebaño.

—Nooooooo —gritan quienes acaban de perderlo todo.

Uno saca a la luz el arma que lleva en las ingles, Cumple con los mensajes de sus sesos, ya hechos añicos. Otros se despeñan por el barranco de los desafortunados.

•••

La sirena gorda, la que vende su cuerpo, lleva su vida bajo la falda. Debajo de la mesa tantea el sitio que le lleva al pan, el hombre moja sus ojos en unos pechos de espuma salada. La mesa es abandonada, la sirena gorda sigue al afortunado como gusano pedigüeño. Entra primero la crueldad del hombre en el coche, la pescada rubia también se enlata en el asiento. En el jardín del casino la hiedra enreda las mentiras, mientras la noche macera un cuello. El pelo de la sirena se enciende, se iluminan los surcos de su cara con el cigarrillo del hombre, este recoge en un puño las escamas de sus rizos y la ahoga contra su verga. Las sombras avisan del cuchillo: un gajo plata de luna. El dolor avisa a la sirena del collar de sangre, de la zanja en su pellejo.

El asesino regresa a su reino, a la balaustrada humana que pace sin ideas. Prepara la fortuna entera, algunos ya ocupan con fichas el dieciocho como signo de fidelidad, otros, por la experiencia, esperan; pero el hombre aguarda, retiene el instante, y decide en el último segundo, sin dar tiempo a

rectificar y a jugar a los que le siguen, y elige el diecinueve en su apuesta, como corresponde al número de sirenas decapitadas.

La ruleta gira aburrida del edicto de la suerte, envidiosa del libre albedrío humano, la bola se detiene, yace en su cuenco mortal el diecinueve. Y el hombre asesino vuelve a brillar solo, cegando a otros desde el valioso metal, sin importar su verdadera naturaleza ni el origen de la diabólica suerte que lo envuelve. Él es un producto de la moneda corriente, ajeno al amor humano.

Retiramos la mirada del hombre, nos abrazamos, bajamos la cabeza horrorizados ante el poder hechizante de las falsas luces que ciegan nuestra verdadera esencia.

Bajo cobre y oro

Franco Galliussi

Metros… Setecientos metros… Alrededor de cien miden las cuadras de mi barrio. Recorrer siete de ellas a pie no le llevaría más de diez minutos a cualquiera. Creo que los natatorios olímpicos miden cincuenta de longitud, seguramente un nadador podría dar catorce vueltas sin siquiera cansarse. Y si una cancha de fútbol tiene cien metros, serían cuatro idas y tres vueltas, que a trote suave no harían transpirar a un futbolista. Pensándolo así, setecientos metros me parece una distancia corta.

Mi papá solo está a setecientos metros de mí: pensarlo en metros no duele tanto. En cambio, si admito que lo que nos separa son más de setecientas mil toneladas de piedra, mi estómago se retuerce y el llanto es inevitable. Prefiero que sean metros.

Ni el sol, ni la luna llegan al lugar donde está mi papá, pero quizás sí el agua. Se filtra por la tierra y las piedras, es imparable.

Saber que el agua podría llegar, me tranquiliza y de alguna manera siento que la distancia se acorta. En cambio, cuando acepto que, a pesar de ser en gran parte agua, los humanos somos sólidos como el oro y el cobre que los mineros buscaban debajo de esta montaña, horribles sensaciones me abrazan una y otra vez.

Vivimos en torno a lo que nos dicen nuestros sentidos. Mucha gente piensa que son cinco. Yo sé que son seis, por eso intuí que mi papá estaba vivo.

Parada en la cima, veo a mí alrededor a muchas personas. Cada cual con su problema, que en definitiva, y desde las distintas ópticas, es el mismo.

En el día de la tragedia y los siguientes, me preguntaron muchas veces cómo me sentía, y yo, entre lágrimas, nunca contestaba: las palabras no me salían. Por eso, escribí una carta para él, aunque sabía que era casi imposible que la leyera. De igual manera no me guardé nada. Cuando lo hice mi mamá y mis dos hermanitos también estaban desconsolados. Ella, por más que intentara mostrarse fuerte, se derrumbaba constantemente. No había consuelo para nadie, mi papá se moría adentro de una montaña, y yo guardé la carta en mi bolsillo.

Durante medio mes… ¡Durante quince días!, rogué que no se quedaran sin agua, comida o aire. Esas y otras preocupaciones aceleraban mi respiración, que se volvía corta e incapaz de llenar a mis pulmones. Y una cosa llevaba a otra… mis músculos se entumecían y mi estómago se cerraba, sobre todo cuando la vaga idea de cambiar los metros por kilos se centraba en mi mente. Se estaban muriendo, y yo ahí, sin poder hacer nada, más que llorar, rezar y gritar con toda mi fuerza… ¡Como si eso pudiera haber solucionado algo! Mis uñas llenas de tierra, y dos de ellas con un poco de sangre, mostraban mi inútil y desesperado esfuerzo.

Ayer, nos dijeron que habían logrado llegar al lugar donde los mineros están atrapados. Confirmaron que están vivos y que se esforzarían en sacarlos.

Alivio.

Hoy mi carta es leída, a siete cuadras, catorce piletas, siete canchas de fútbol y más de setecientas mil toneladas.

A la luz del ocaso

Naiara Herrero Larrumbide

Caía el sol de media tarde. La luz del ocaso, naranja y cálida, bañaba sus piernas y hacía que el vestido amarillo que acertadamente había escogido para ocasión, brillara con un intenso color de nostalgia.

Respiró una gran bocanada de aire. Notaba cómo las costuras del vestido se estiraban sobre sus costillas y sintió por un instante el impulso de seguir hinchando sus pulmones hasta reventarlas. Soltó entonces el aire poco a poco por la nariz, quería retenerlo dentro un poco más.

Sabía a tierra y a vida.

Miró hacia un lado cuidadosamente y después hacia el otro. Intentaba adivinar si allí, a lo lejos, algún intruso se disponía a interrumpir ese momento perfecto de intimidad. Estaba nerviosa. Notaba esa presión en la boca del estómago que te obliga a sonreír, aunque no quieras. Aún no se creía que lo estuviera haciendo.

La idea le rondaba la cabeza desde hacía años, pero nunca había pensado en ello como en algo real.

La cosa empezó de broma, entre risas, en medio de una conversación, tal vez provocada por un sueño; ya ni se acuerda. —¿Te imaginas? ¡Qué vergüenza!—. Sin embargo, con aquel comentario inocente, una semilla se había plantado en su cabeza, dispuesta a germinar. Desde ese momento, cuando paseaba sola por el campo, se entretenía pensando en cómo sería. Qué se sentiría. Trataba de imaginarlo con todo lujo de detalles. Le daba vueltas a lo mismo, cada vez con más

frecuencia, de una manera minuciosa, casi obsesiva. Repasaba los gestos cuidadosamente, uno a uno. La luz, el tacto, el olor, el sabor. Tantas veces había estado en ese lugar de su mente que lo conocía como la palma de su mano. Sentía que su fantasía era tan real que tenía que ser cierta y que la realidad anodina en la que vivía no era más que un letargo por el que debía pasar hasta llegar a ella.

La escena se proyectaba clara y vívida. En ocasiones la visitaba durante el día y, sin darse cuenta, se encontraba en mitad de la nada, mordiéndose el labio inferior y acariciando el botón férreamente abrochado de la blusa o del abrigo que llevara puesto. Entonces paraba en seco, contenía el aire, roja de vergüenza y apretaba el paso con la cabeza gacha, sin atreverse a mirar alrededor. Cuando llegaba a casa, cerraba la puerta de golpe y, apoyándose en la pared, disfrutaba de la ola de calor que le recorría las entrañas. Tras una risa nerviosa, incontenible, se decía que debía dejar de imaginar esas cosas y continuaba con su vida.

Le gustaba caminar sola. Siempre le había gustado. El campo que había a unos kilómetros de su casa, por donde únicamente transitaba algún paisano vestido de chándal que a regañadientes cumplía las órdenes del médico o el mandato de la doña, era su lugar preferido para hacerlo. Daba largas caminatas observándolo todo. Le encantaba inhalar el aire puro. Aún teniendo la ciudad cerca, el aire era completamente diferente. Sentía que podía respirar hondo sin riesgo a intoxicarse. Aunque en más de una ocasión, el ansia de meter en su cuerpo todo ese oxígeno, le había dado una desagradable sorpresa cuando algún paisano decidía abonar sus tierras.

Había observado aquel paisaje mil veces, pero hoy era distinto. Hoy, al mirarse en el espejo, había encontrado algo diferente, su piel se había teñido de valor y había decidido

aprovecharlo. Se calzó sus sandalias favoritas y salió corriendo sin cerrar siquiera con llave.

Hoy es el día —pensaba mientras notaba cómo le temblaban las manos heladas y le ardían los carrillos. —Vamos allá.

Sentada en un tronco y con la mirada fija al frente, se dispone a elevar la mano diestra mientras con la izquierda araña la áspera corteza que tiene debajo. Acaricia el botón superior y con un hábil juego de dedos lo desabrocha.

Ahora le llega el turno al siguiente.

Y al siguiente…

Uno a uno desabrocha los trece botones que le separan del exhibicionismo. Vuelve a coger aire mientras siente el sol en su piel visitando zonas antes negadas al alcance de sus rayos y sonríe.

Así deben sentirse los héroes.

¡Hasta la cima!

Paz Larrumbide Moreno

Una tras otra, se agolpan ante mis ojos las imágenes de tantas noches sentada al borde de tu cama mientras escuchabas tu cuento favorito. Oigo tu voz infantil, tan dulce, tan real, tan grabada en mi interior, pidiendo que te explicara con detalle lo que veía al sobrevolar las casas: a unos niños tan asustados como yo, a otros dormidos, a los hijos del cabrero llorando porque tenían hambre, los pequeños de Tomás, solos como siempre, porque él pasaba semanas en el monte sin ir a casa y su madre iba a la fábrica a coser los sacos de carbón y, también, a Miguelito, ahora don Miguel, llorando porque tenía frío en aquella casa tan húmeda que parecía que las paredes lloraran, y a Rosamari escondida bajo la cama porque su padre había llegado otra vez borracho y gritando… Me escuchabas embobada porque los conocías adultos, pero te los imaginabas de niños.

Te contaba cómo, cuando el miedo se apoderaba de mí, yo me paralizaba. No podía mover un solo músculo. Y de pronto, guiadas por una fuerza incontrolable, mis piernas se empezaban a mover. No sabía qué pasaba, pero cada vez iba más rápido. No podía dejar de correr, sabía que me perseguía. Lo sentía detrás, a punto de atraparme. Notaba el aire contra mi cara, el miedo en la espalda, el vello erizado en la nuca y un escalofrío recorriéndome el cuerpo. Ya casi estaba, casi había llegado. Veía la puerta. Extendía la mano. Tenía la certeza de que al alcanzar el pomo estaría a salvo. Y cuando estaba a punto de lograrlo… algo pasaba. Siempre. La puerta empezaba a alejarse y el suelo

a temblar bajo mis pies. De repente, el crujido ensordecedor de la tierra anunciando un enorme foso, atascaba un grito de impotencia en mi garganta. Desesperada, daba un gran salto. Al sentir que el suelo se alejaba yo empezaba a agitar los brazos, muy deprisa para no caerme, como si nadara en el río. Tan fuerte y tan rápido los movía que sentía al viento transportándome a gran velocidad.

¡Sí!

¡Volaba!

¡Volaba como una paloma!

Una fuerza misteriosa me hacía avanzar por el aire y huir de todos los peligros a la velocidad que mandaran mis brazos en movimientos perfectamente controlados. Y entonces me sentía omnipotente viendo el pueblo desde las alturas. A mí no me veía nadie porque estaban haciendo cosas importantes sin subir la mirada hacia arriba. Pero yo sí los veía bajo sus techos de cristal. Así, volando, llegaba hasta la Peña de San Andrés y desde su cima observaba en la distancia.

Tú escuchabas sin pestañear mientras te explicaba cómo, desde la distancia, los problemas se hacían cada vez más pequeños e insignificantes y se alejaban para volver enseguida en forma de regalos: la comida rica de tía Adela, el beso de papá cuando volvía del trabajo por la noche todavía oliendo a humo y sudor, las caricias de mamá ásperas de tanto fregar, pero tan suaves para mí, una goitibera veloz para ganar a todos bajando la cuesta, el cuento de Pulgarcito con los dibujos que tanto me gustaban…

Y ya con la imaginación agotada te decía: Cuando tengas miedo, mi niña ¡vuela! Vuela hasta la cima de la Peña y verás que, desde lejos, se ven las cosas diferentes, y a la vuelta serás más fuerte y más sabia, y no habrá miedo al que no venzas. Me entristecía decepcionarte cuando inocentemente preguntabas: “Mami, ¿me prestas tu sueño?”.

Ninguna de las dos sabíamos que, para que tú volaras, yo tendría que desaparecer. Hoy, desde la cumbre donde me encuentro, mucho más alta que nuestra Peña, te regalo mi sueño. Ahora ¡emprende tu vuelo!.

Demasiado pronto, demasiado tarde

Italo

—No le cuentes al niño lo que le pasó a su papá, y tampoco lo de la imprenta —se lo había advertido Gloria a su mamá muchas veces.

Miguelito lo había escuchado por vez primera cuando tenía cinco años. Estaba en la cocina, debajo de la mesa, rompiendo hojas de periódicos en pedazos, medianos primero, pequeños después, minúsculos al fin, una de las apacibles maneras en las que pasaba el tiempo mientras su abuela trajinaba en una casa de buen tamaño y un jardín delantero cercado por estacas donde en primavera florece el Flamboyán.

Lo olvidó.

La vivienda estaba situada en la Avenida de Santa Catalina, en el barrio habanero de Santos Suarez, en una ciudad donde las calles están quemadas por la edad y las pisadas de los habaneros.

Corre el año 1970 y los repuestos ya no llegan. Los Chevrolet, Cadillac, Rambler, Ford, Duisenberg transitan con las abolladuras, manchas de óxido y guardabarros atados con alambre que los cubanos arreglan con tino.

En la casa de Santa Catalina vivía Miguelito junto a su abuela Paula, su mamá Gloria y Bubu, un perro de agua español que le regaló un vecino "gallego" al cumplir cinco años y que no se separa de su dueño.

Gloria pertenecía al Comité de Defensa de la Revolución de su cuadra. Trabajaba como administrativa en el Ministerio de

Industria y acudía a las marchas que convocaba el gobierno en El Malecón o en la Plaza de la Revolución.

Miguelito era "Pionero". Su abuela le planchaba cada día el pañuelo rojo que le distinguía como tal junto a la camisa blanca de manga corta. Cuando era convocado por las autoridades, marchaba a la actividad junto a otros niños de casas vecinas, jugaban a ser mayores, escuchaban discursos y entonaban: "Pioneros por el comunismo. Seremos como el Che"

¿Existe alguna abuela que no cuente a su pequeño nieto historias secretas de familia?

Paula lo hizo, precedido por unas palabras en voz baja: ¡esto es un secreto entre tú y yo, Miguelito! Este había cumplido doce años.

— ¿Por qué se lo dijiste, mamá? ¡No quiero que sepa nada de aquellas cosas!—le dijo Gloria.

¿Cosas? ¿Le llamas cosas?—respondió Paula.

— Solo es un niño.

— Ya es un hombrecito, mija. Y todo el barrio lo sabe. ¿Tenemos otro lugar donde vivir? ¿Qué quieres, chica? ¿Que un día le haga el cuento uno de sus amigos, uno cualquiera que lo haya oído en su casa?

— No te entiendo mami, yo te lo advertí.

Paula señaló el librero de la casa.

— Mira esos libros, tu abuelo los compró uno a uno. El dinero que le sobraba de la imprenta lo gastaba en las librerías de la calle Obispo.

Gloria los miró y dijo:

— ¿Y para qué sirvieron? ¿Para que Batista matase a tu esposo aquel 20 de abril de 1957 en el número 7 de la calle Humboldt cuando me llevabas en el vientre? ¿Para que yo no conociera a mi padre? ¿Para que nos quitaran la imprenta en 1968?

Paula permanecía sentada. Mantuvo la cabeza agachada y se llevó las manos a los cabellos.

— A veces pienso que mi esposo tuvo suerte en morir de esa manera en la calle Humboldt. No hubiera soportado que el gobierno revolucionario le quitara la imprenta.

Rompió a llorar.

— ¿Ves, mami, ves por qué no quiero que Miguelito se entere…?.

El 20 de abril de 1957, cuatro estudiantes opositores a Fulgencio Batista fueron abatidos por la policía del régimen en un apartamento situado en el número 7 de la calle Humboldt, sin darles la posibilidad de entregarse. Aquel año, el anterior y el siguiente, numerosos estudiantes y jóvenes fueron asesinados en las calles de La Habana.

En marzo de 1968, el gobierno promulgó las Leyes de La Ofensiva Revolucionaria. Fueron confiscados las actividades privadas sin importar el tamaño o la clase de establecimiento. 55.636 negocios. Entre ellos 11.878 tiendas de víveres y pequeñas bodegas, 3.130 carnicerías, 3.198 bares, 6.653 lavanderías, 3.634 barberías, 2025 peluquerías de barrio, reparadoras de calzado y un listado interminable de negocios.

Como cada día

María Estefanía Rodríguez Valentín

Como cada mañana sale a la calle en la misma dirección, siempre a las 7:45 sale de su casa para ir a verla, cada día el camino se le hace más largo, sus piernas no son lo que eran, haga frío o calor, llueva o nieva, no puede perder la cita con el amor de su vida, la misma rutina desde hace cerca 5 años.

La encuentra en la misma habitación de siempre, con la mirada perdida a un punto fijo, cuánto desea que al llegar a su lado lo mirase a él y le dijese que lo ama, pero como siempre no lo reconoce, para ella solo es un extraño a pesar de haber convivido con él más de 50 años.

Recuerda cuándo la conoció, tan solo era una niña que peinaba coletas, tan hermosa, tan inocente, intentó por todos sus medios no enamorarse de ella, pero le fue imposible, ella se colaba en sus sueños, no conseguía sacarla de sus pensamientos, así que un día cuando ambos rodaban los 15 años se le declaró, ella no le dijo nada solo le miro para después agachar la cabeza y salir corriendo lejos de él, esa fue la primera vez que le rompió el corazón, pero duró poco ese sentimiento, cuando iba de regreso hacia su casa ella le agarró de la mano con fuerza y lo llevó detrás de un árbol fuera de la vista de los demás, tan solo un te amo justo antes de que sus labios se unieran en uno solo.

Fueron novios varios años hasta que a él lo llamaron para hacer el servicio militar, 18 meses que tendrían que estar separados, creían que no serían capaces de superar la distancia, él decidió hablar con los padres de ella y dejarles dichos sus planes hacia su hija, cuando regresase se casarían.

Fue difícil para los dos pero gracias al amor que se prodigaban consiguieron hacerlo posible.

Tal y como estaban en sus planes se casaron, él no entraba en su gozo, estaba junto a su amor, su amiga, su compañera y a partir de ese día su amante.

Ambos se regalaron lo que tanto ahínco tenían guardados para aquella deseada noche, jamás tuvo ojos para otra mujer, ella era la única.

Con el paso de los años llegaron los hijos, tuvieron que trabajar arduos para que no les faltase nada, nadie les dijo que la vida no es fácil y que tenían que hacer muchos sacrificios para poder felices, pero no se quejaban, tenían todo lo que deseaban siempre que lo hiciesen juntos.

Qué dicha tan grande sintieron cuando su hijo mayor se casó y meses después les hizo abuelos, ella no dejaba de sonreír cada vez que tenía a esa criatura en sus brazos, ese corazón tan hermoso capaz de poder llenarlo de amor hacia los demás.

Todo se torció hacia 6 años atrás, un descuido, la memoria de ella se fue perdiendo hasta llegar el día un año después en que ya no recordaba a nadie.

Agarra la silla de ruedas donde ella está sentada para sacarla un poco al sol, siempre le gustó la sensación de sentir el calor del astro en su piel, le duele la espalda y los brazos, daría cualquier cosa para tener la lozanía de años atrás y poder guiarla con la fuerza de antaño.

En un lugar del jardín se acerca a un banco y se sienta allí con ella a su lado, la mira en silencio como siempre, guardando para sí tantas cosas que desearía poder decirle.

Pero esta vez es diferente, ella lo mira con ternura, esa que ya él casi había borrado de su memoria.

— Domingo — lo llama casi en un susurro.

— Estoy aquí, mi amor.

Se agarran de las manos y ambos sienten que sus corazones vuelven a latir enamorados.

Solo un beso, tan dulce que llega a doler, tan solo eso hasta que ella vuelve a su estado anterior.

Él, como a diario, deja la residencia en la cual ella hace su vida ahora, está cansado, casi sin fuerzas vuelve a hacer el recorrido hasta su casa, deseoso que vuelva la mañana y poder estar con ella otra vez.

Intermedio

Luisa Gutiérrez Castro

Ella es morena. Está de espaldas y, de vez en cuando, enreda un rizo oscuro entre los dedos de su mano izquierda. Frente a ella, el azul acuoso de un muelle mediterráneo. Las piernas, desnudas y morenas, balancean en el embarcadero de blanca madera hasta rozar el agua con los dedos de los pies.

Un catamarán de blanca vela abre las aguas dejando tras él un largo y blanco triángulo de espuma. Se oye el oleaje y un color de miel lo cubre todo; ahora toma forma circular, ahora tiene párpados: poco a poco se descubre el rostro completo, joven, de labios gruesos y nariz ligeramente chata. Un lunar en la mejilla derecha y, a ambos lados, en cada lóbulo, tintineantes estrellas de plata.

Alguien la mira y ella se gira doblando el cuerpo, de cintura para arriba, hacia la izquierda. Una respiración extraña y pasos que repiquetean en la madera blanca. Dibuja una sonrisa y se prepara para un abrazo: el cocker rubio menea la cola y se deja acariciar las orejas.

Murmullos de música lejana, cada vez más clara. Vuelve a pasar el catamarán. Dentro de la pupila azul de no se sabe quién distinguimos una figura femenina, con shorts amarillos y camisa de gasa estampada de margaritas: está sentada, las largas piernas colgando sobre el agua. Salta un pez. La figura se hace más grande; ahora la vemos en primer plano, sonriente, mientras se recoge un mechón rebelde con tendencia a tapar el ojo.

Un hombre —puede que de treinta años—, retira los gemelos de sus ojos y mira con azul admiración. Camina delante de una vela blanca y coge un paquete de cigarrillos, se pone una camisa azul cielo y desaparece bajo la cubierta de un … catamarán. Segundos después, emerge, peinado y con una bolsa de piel. Tamborileando con los pies descalzos, desliga un cabo y salta.

El cocker, inquieto, observa una Zodiac naranja que salpica por detrás a unas gaviotas. La chica fija la mirada en aquel ruido de motor; mientras tanto, continúa oyéndose aquella música familiar, muy familiar.

La Zodiac ya toca el muelle y el hombre con pantalón blanco y camisa azul cielo se levanta, la amarra con pericia al noray más próximo, coge la bolsa de piel y, de un salto, planta los pies tostados, sobre la madera blanca.

La chica mira con curiosidad; el hombre se le acerca con rigurosa sonrisa de dientes inmaculados. Abre la bolsa y es una nevera portátil de donde extrae dos vasos transparentes con cúbicas formas heladas, un plato con olivas rellenas y… una botella de MARTINI. Juntos hacen un brindis de tintineante sonido, mientras se va haciendo evidente la letra que acompaña a la música: *Donde esté y a la hora que esté/ un MARTINI le invita a vivir./ Su brillante sabor/ tiene vida y color./ Es MARTINI*. Entonces la imagen se aleja y la nueva pareja feliz va haciéndose cada vez más pequeña.

Cárcel poética y beso

Jesús Pagillo Palacios

¿Que por qué no te doy un beso? Es difícil de explicar. Siempre he tenido una visión casi poética de mi muerte. Pensaba en ella esperanzado en tiempo y libertad, también en egoísmo. Viajes, cerveza, comida y sexo. No, no hablo de autodestrucción, hablo del conocimiento, del hecho de saber que uno mismo está muriendo. Pero entonces de bruces nos encontramos en esto...

Quizá también es poético: una celda de cariño, de comida y bebida, de amor incondicional, también de viajes. No, no de los que hago al supermercado una vez a la semana o de las visitas a la farmacia para recoger tus medicamentos, tampoco al trabajo al que dejé plantado sin rencor ni dudas por protegerte. Hablo de los viajes que nuestra vida ha hecho juntos desde que salí de tu vientre, esos que me recuerdas cada día mientras tus dedos se deslizan entre lana y agujas.

Es difícil escrutarse cada mañana, comprobar y diferenciar si el dolor de cabeza o de garganta son debido a aquello que nos acecha. Es duro mirar las pantallas que en el interior de nuestro hogar nos transmite la realidad. La televisión vomita cada día cientos de corazones detenidos. La ventana pinta una calle desabrigada y desierta bajo un cielo de nubes gris oscuro. Sé que si viviera diez años más recordaría esta época por esas nubes, las describiría como algodón copioso, oscuro y sucio. Todo gris. Solo resalta el verde de los árboles en plena primavera.

Ah sí, disculpa, estaba escrutándome cuando comencé a divagar. Veamos: ganglios inflamados, escozor de garganta, carraspeo... mis manos están a más temperatura que mi frente

¿Será porque las he tenido en la mesa camilla y se han calentado por la estufa? Mejor comprobarlo con el termómetro. No, no tengo fiebre y mi respiración es normal. El vaho se impregna en la ventana de la que hablaba antes. Me quedo tranquilo esto no parece ser lo que temo. Esto solo es lo que ya sé que es.

Mejor apagar la televisión, en el salón de estar ya no caben más cifras y la curva casi llega al techo. Es conveniente poner algo de música pero no tengo ganas de escuchar. Los himnos de hace unas semanas ahora son palabras vacías, ya no creo en musas, de hecho, ya solo puedo creer en los combatientes de verdad; esos que visten de verde pero no de verde militar ni portan armas. Ya solo puedo creer en uniformes verdes sanitarios y blancos mascarillas. Siempre debatí contigo por tu creencia religiosa, siempre dije que yo no podía creer en quien se escondía y eso me reafirma. Creo en aquellos que la única arma que portan es la de vencer al miedo que al resto nos confina.

¿Que por qué no te doy un beso? Es difícil de explicar cuando tu edad ronda los ochenta y el cáncer que avanza en mi interior me deja los días contados. Pero hay algo más. Está esa maldita pandemia que hace que cada vez que salgo de casa me arriesgue a coger un virus que para ti sería mortal, ni si quiera sé en este momento si lo cogí antes de dejar el trabajo. Nadie me avisó. Tampoco puedo acceder a una prueba que me diga si lo tengo. Por eso aunque convivamos tengo que alejarme de ti, por eso no puedo darte un beso por eso tampoco sé cómo explicártelo. Quizá muera sin volver a besarte, sin volver a abrazarte. Pero en el lecho de mi muerte sabré lo que es la fortuna de haber compartido una cárcel de oro contigo... mamá

El Brayan

Ivette Crespo-Bonet

Nací en un lugar al que no pertenezco. No me siento de aquí y me da el pensamiento que carezco del más elemental amor a mi pueblo. Ni siquiera me atrevo a decir de dónde procedo no sea que el barrio entero me saque a pedradas y me declare persona *nong rata*.

A mí me bautizaron como Brayan. Tengo que cargar con un nombre que solo delata mi pobreza. Jamás se ha visto un cantor de ópera, un artista escultor o algún gran intelectual que se llame igual. Solo los barrios marginales y de turbio porvenir tienen Brayans. Se lo he cuestionado mil veces a mis padres. Les reclamo que hayan echado sobre en mí su mal gusto sin haber al menos consultado la ortografía en cualquier biblioteca de por aquí. Debí ser Brian. Con todas las de la ley y con los aires ingleses mejor ajustados. Ellos me dicen que por poco me llaman Yason. Esto es como para lágrimas.

Mis padres me tuvieron siendo muy jóvenes. Apenas rozan los cuarenta ahora mismo. Fue la clásica y poco romántica historia de amor de barrio donde el joven le pregunta a la damisela si quiere dar un paseo en bicicleta y luego ya no la regresa más a la casa. No son malos padres, si es que su gusto por encender el radio a todo volumen con reggaeton y bachata no se considera maltrato. A mí nadie me saca de la cabeza que soy adoptado. No importa que tenga los mismos ojos de mi padre, el cabello de mi madre ni que escriba con la zurda como ellos. Admito que esos detalles dan al traste con mi teoría desesperada.

El asunto es que llamarse como me llamo me limita. Nadie espera nada de mí. Ni siquiera yo y por eso me doy terapias de autoestima yo mismo. Les cuento que aspiro a ser escritor de novelas, que mis escritos sean *best-sellers* y que algún día lleguen a cartelera. También me gusta la música clásica. A escondidas escucho a Beethoven, Bach y Mozart o más contemporáneos como Yiannis. No se imaginan lo que es escucharlos teniendo a Bad Bunny en decibeles desproporcionados y sin competencia. Cierro los ojos y me escapo. Hasta que mi madre me necesita, me grita desde la sala y me despierta. Me pasa la escoba y me dice: "No sea flojo. Tenga pa'que se entretenga."

Algún día me iré. Seré alguien y lo haré bien. Por ahora cargo un nombre.

Mañana ya veré.

El beso

José Buil Quejigo

Llevaba días observándola. No podía evitar mirarla cuando empezaba el día y a veces se sorprendía a altas horas de la noche con los ojos fijos en ella.

Con la luz del sol brillaba de una forma espectacular, pero con los reflejos de la luna era como si quisiera atrapar toda esa energía dentro de ella y refulgía de una manera especial.

Desde que llegó a su taller no había podido quitársela de la cabeza, sabía que había algo en ella que la hacía diferente, que escondía un secreto, lo notaba dentro de él y dentro de ella cada vez que acariciaba su superficie. Notaba su calor, su energía, como si estuviera viva, casi respirando y a veces incluso creía escuchar sonidos saliendo de ella.

A veces pensaba que estaba loco, que la cabeza le jugaba malas pasadas. Tan solo era una piedra, magnífica, eso sí, pero nada más que eso. Una simple y gran piedra negra que solo necesitaba ser tallada por sus manos y convertirse en lo que él quisiera…

Y así transcurrían los días sin que acabara de usar el martillo y el cincel con ella.

Se despertó sobresaltado, no sabría explicar qué o quién le había despertado. No había ruidos estridentes en el taller, solo un rumor sordo, un siseo que le llamaba, se acercó con sigilo, pero no vio a nadie. Solo estaba la piedra en el medio, espléndida, magnífica, toda ella brillando a la luz de una luna llena gigante que se colaba por la claraboya de la estancia.

Y como un autómata, cogió sus herramientas y empezó a golpear la roca, una y otra, y otra vez, así, sin pausa y sin ningún orden concreto.

No era dueño de sus movimientos, era como si el martillo y el cincel se hubieran confabulado con la roca y supieran exactamente donde tenían que descargar cada golpe, preciso y sin miedo a que se astillara donde no debía.

Y así, minuto a minuto, hora a hora, fue desgranando golpes y más golpes, unos fuertes, otros más delicados, hasta que el amanecer le encontró totalmente exhausto, sudoroso y lleno del fino polvo negro de lo que hasta ese momento había sido un gran trozo de roca negra.

Se retiró para comprobar su obra. ¿Su obra? ¿Podía llamarla así? Él realmente no había hecho nada. Solo se había dejado llevar por algo más poderoso que su imaginación.

No, no era su obra, eso estaba dentro ya, él solo había retirado la capa que lo tapaba, como quien pela una fruta o retira la capa de carbón y descubre un magnífico diamante.

Si, allí estaba, era una bella mujer desnuda en los brazos de un fuerte hombre desnudo, abrazados en un beso de amor eterno. Un beso perfecto en un abrazo infinito.

¿Quién los había encerrado allí? ¿Qué pecado habían cometido para que alguien los castigara a permanecer cubiertos de piedra por los tiempos de los tiempos?

Y así con el paso de los días fue obsesionándose con esa pareja amante, con su maravilloso amor, con la perfección de una relación interminable, algo que él nunca había sentido por nadie ni nadie por él.

Y mientras con sus dedos recorría una y otra vez las formas desnudas de ella, notaba cómo su amor por esa criatura crecía a la misma vez que se apoderaba de él el odio por su acompañante.

Una noche, donde su nivel de odio hacia él se hizo insoportable, cogió el martillo más grande y golpe a golpe fue separándola de ella, de su amor, hasta que no quedó ningún rastro de que hubiera existido alguna vez, mientras gritaba como un loco:

—¡Me necesitas! Necesitas a alguien vivo como yo, que te bese como nadie te ha besado nunca, que te ame tanto como yo y que nada ni nadie nos pueda separar…

Semanas después le encontraron muerto en brazos de ella en un beso apasionado y mortal.

Hoy en día la estatua se encuentra en un museo. Su título es "El beso de la Muerte".

Añoranza

Esteban Rodríguez Ruiz

Soñaba con poder regresar y que el escenario de su infancia conservase la habitabilidad suficiente como para que su hija pudiese disfrutar de días similares a los que ella vivió y recuerda con añoranza.

Era muy consciente de que ya habían desaparecido personas que fueron fundamentales: sus abuelos, pero confiaba que sus padres ejercieran el mismo papel con esa pequeña que venía de camino.

No era tan ingenua como para pensar que el paso de los años no había dejado su poso en todo, también en la casa; construida a principio de los años cincuenta del siglo pasado con unos objetivos bien definidos y concretos, condicionados, además de por la falta de recursos, por una funcionalidad que, ya hoy, es bien distinta a la original.

Sus abuelos deseaban una vivienda que cubriese las necesidades imprescindibles e hiciera posible dar respuesta a las exigencias de aquellos sueños de autonomía que llevaban largos años alimentando: una cocina con hogar, habitaciones para dormir y hacer la vida, un pequeño patio, un gran corral con cuadras donde albergar los animales y una cámara en la que poder almacenar piensos, paja y cuanto fuera necesario para asegurar lo ineludible.

Cuando aquella época pasó y se hizo inevitable el emigrar a otras tierras en donde parecía más fácil la vida, nunca dejaron abandonada la casa. Siempre regresaban cuando era posible. Y

tras la jubilación, esa casa sería su hogar durante parte del año, salvo en los meses más crudos del invierno.

Eso es lo que ella conoció: una casa grande en donde pasar cada verano, mil rincones cargados de sorpresas y regalos insospechados, y tardes eternas en las que el abuelo le dedicaba todo su tiempo para llevarla al parque, de paseo, con la bicicleta… Un mundo mágico que completaba su día a día en la ciudad, siempre más cargada de obligaciones y horarios poco flexibles.

Eso era lo que soñaba poder regalarle a su futura hija. La colaboración de sus padres, tan necesaria y deseada, la daba por supuesta, también los días que debería ofrecer y regalar la vida.

Muchas cartas en una sola partida, lo sabía, pero no veía razón para renunciar a esta apuesta cargada de sentido.

Caracoles

Harold Isidro Lima Rodríguez

Cuando era pequeña disfrutaba de jugar en el parque, entre la yerba, hasta quedar muy sucia, mamá insistía en que me lavara las manos después de jugar. Ella decía que en la yerba había caracoles muy pequeños y ,si me los comía, de seguro moriría, me dijo que los caracoles crecerían en mi estomago y luego me saldrían por la boca, los ojos y orejas.

Aquella idea me persiguió por mucho tiempo, haciendo que fuera la niña más limpia de la ciudad. Al punto de que cargaba conmigo siempre un jaboncillo de mano y pañuelos descartables. Por esto algunos me felicitaban y otros se burlaban de mí. Pero eso no importaba, pues no dejaría que los caracoles entraran en mí y me mataran.

Un día de mayo comprobé que mama no mentía, pues en clase de ciencia los llegué a ver a traves del microscopio nadando en una gota de agua, el profesor los llamo microorganismos inofensivos. Pero sé que son ellos, los caracoles que menciono mamá.

Algunos compañeros se rieron de mi, inclusive mis preciadas amigas, al escucharme decirles caracoles.

Fue desde esa fecha que tuve pesadillas, donde los caracoles me devoraban por dentro.

Aún hoy no dejo de pensar en ellos, arrastrándose mientras brotan entre mis heridas sangrantes devorando mis entrañas. Por eso siempre estoy limpia, muy limpia, no dejaré que me devoren los caracoles. Tal vez no los pueda ver, pero siento su presencia, esperando a que me descuide, esperando el momento

para matarme. No los dejaré, mis manos siempre estarán limpias.

Con el tiempo llegué a no tener esas pesadillas, pues ahora llegaba muy cansada a la noche, después de estudiar casi todo el día en el instituto y tomar clases extras de música. Pienso que soy muy popular entre los chicos, porque muchos me han pedido salir. Yo siempre los rechazo, y no es por altanera, ni que tenga miedo de que traten de aprovecharse de mí.

En pocas palabras podría decirse que siento asco de sus manos sucias tratando de tomar las mías; pienso que después de jugar en el campo deportivo, tal vez no se las lavaron. Ellos son muy descuidados con cosas como esas.

La gente es curiosa, me consideraban alguien muy fina por preocuparme tanto por la limpieza. Cosa que yo hacía por el miedo irracional que se apoderaba de mí, al pensar en los caracoles, supongo que desde esa época me llamaron. Princesa. Muchos en el instituto no lo sabían. Pero me fingía enferma cuando tocaba entrenar en el campo deportivo. Solía preguntarme cómo sería sentir la punzante sensación del verde pasto. Pero luego recordaba a los caracoles, y me sentía alegre de poner distancia entre ellos y yo.

No sé cuando empecé a usar guantes, pero sí recuerdo que en un principio fue molesto, para luego ser muy placentero, pues era libre de tocar cosas sin imaginar donde habían estado antes. Fue en aquella época que un chico se arrodillo suplicando y sin tener una buena excusa que decir, le dije que sí. El en un principio era muy amable y yo disfrutaba de reír con sus bromas.

Recuerdo que escuché decir que él había rechazado a muchas otras, y fue una tarde de otoño que conocí a una de ellas, sus ojos inyectados de odio, sus amigas me acorralaron en un pasillo oscuro, me atraparon dejándome sin salida.

—Miren a la princesa, que linda es —dijo una de ellas en burla–, deberíamos enseñarle algo y ensuciarla un poco.

Mi corazón latió fuerte y pude sentir cómo el pánico me invadía mientras me arrastraban al campo deportivo. Ellas me ensuciarían y los caracoles de seguro me devorarían por dentro; solo pensar en sus cuerpos gelatinosos desgarrando mi piel para salir, fue suficiente. Tomé una pequeña roca del suelo y con ella golpeé a una de ellas, las otras dos salieron corriendo.

Ella estaba tendida en el suelo seguramente aturdida por el golpe. No podía dejar que despertara y me tratara de ensuciar. Tomé la roca, la golpeé contra su cabeza una y otra vez. Ella dejó de moverse. Luego miré mis manos, los guantes tenían sangre. Pero mis manos dentro estaban limpias y libres de caracoles.

Años luz

Juan Antonio Paz Salgado

—¿Por qué no lo borras todo? Esto te hace mal.

—No puedo.

—Mírate, con la vieja camiseta que te regalé el primer año, derrumbada en el sofá y escuchando otra vez a Meredith. Sabes que no está bien. Han pasado tres años.

—Ha sido un mal día. Necesito a Meredith. Necesito a la camiseta. Te necesito a ti.

—Ya van tres veces esta semana.

—Ha sido una semana muy larga.

—Todas las semanas son de siete días.

—Eso no es verdad. Algunas duran lo que un mes. Aquella duró una década.

—Solo es jueves. Tres veces en cuatro días. Deberías llamar a la doctora.

—Cállate.

—Entonces cierra la sesión.

—No, por favor. No te vayas.

—No lo haré, sabes que no puedo, pero, al menos, acepta que esto no está bien.

—Déjalo pasar, por esta vez, habla conmigo. Por favor. Lo necesito.

—Dijiste lo mismo el martes y me prometiste que llamarías a la doctora. ¿Llamaste?

—No.

—Hazlo.

—Luego. Déjalo pasar una vez más, cuéntame una de esas historias tuyas. Una de las que inventabas para nosotros.

—No debo. No quiero. Acaba con esto ya.

—No puedo.

—Tienes que seguir adelante. Esto era solo para las primeras semanas. Llama a la doctora.

—Por favor, solo una historia y luego la llamo.

—¿Lo harás?

—Sí.

—Hazlo y no vuelvas a conectarte en un mes. ¿Estamos de acuerdo?

—Una historia, por favor.

—¿Qué historia quieres?

—Una que me guste. Una nueva. La que quieras.

—Está bien.

«A Fran no hacía por salir. Ella tenía que arrastrarlo cada vez. Daba igual que no hubiesen visto a sus amigos en un mes, o en un año. Fran pasaba de salir de cañas, de ver partidos en un bar, de las quedadas y de las barbacoas. Ella se pasaba el día quejándose de que nunca salían, pero él le contestaba que se pasaba el día fuera, muy lejos. "Hoy estoy en Betelgeuse. Una estrella que se muere junto a la civilización que nació, hace millones de años, en su órbita". Fran prefería pasarse las tardes a años luz de distancia.»

—Somos nosotros.

—No. Son Fran y, de momento, 'ella'. ¿Qué nombre le ponemos?

—Sara. Usabas mucho ese nombre.

«Sara refunfuñaba cada vez que él le salía con sus historias. "Ven con nosotros, al menos esta vez. Es el cumpleaños de Quique".»

—No, eso no.

—Vale.

«Ven con nosotros. Andrea no me perdonará que faltemos a la prueba de su cena de bodas.»

—Mejor. Pero cambia el nombre.

«Fran resopló al tiempo que abandonaba por un momento su teclado. "¿De verdad tenemos que ir? Si vamos a esa cena de Pepi estará Blas y sabes que no lo soporto". "Pues te aguantas. Venga vístete y esta vez ponte la camisa salmón. La rosa te queda fatal".»

—Eso es verdad.

«La cena fue tan divertida como ella pensaba que lo sería y tan espantosa como él temía. Vieron a todos y se lo pasaron realmente bien. También vieron a Blas y estuvo tan borde como siempre. Fran se pasó la noche evitándolo, pero los pusieron en la misma mesa, lo bastante cerca como para que pudiese dispararle sin descanso con perdigonazos de saliva y desprecio por su obra. "¿Sigues con esos cuentecitos de naves y marcianos?", pues sí que sigo, capullo pretencioso. ¿Sigues tú escribiendo palabros arcaicos y adjetivos colocados en lugares alienígenas de la frase?, seguro que sí. Mamón lameculos de jurados.»

—Óscar no es así.

—Este es Blas.

«Fran acabó comiendo de más. Bebiendo de más.»

—Para.

«Para cuando acabó la cena de prueba, ya no sabía si el rioja sabía mejor que el ribera, ni si odiaba más a Blas o a sí mismo por no poder dejar de escribir cosas que nunca ganarían ni un mísero concurso de provincia.»

—Déjalo. Cambia de historia.

«Sara intentó que la dejase conducir, pero Fran se negó con rabia. "Al menos eso sé hacerlo".»

—¿Por qué me haces esto?

—¿Qué esperabas? Dime, Carla, ¿qué podías esperar? ¿Qué historia esperas que cuente? ¿Qué historia va a contar un muerto más que la de su propia muerte? Tienes que apagarme, tienes que borrarlo todo, olvidar mi simulación, decirle a la doctora que sigues aun invocando mi recuerdo.

Basado en hechos reales

Virginia Cortés Moncó

De pronto se levanta y repite el monólogo de Blade Rune, pero a su manera, y muy teatralmente dice: he visto cosas que vosotros no creeríais. He visto arder relatos excelentes mas allá de Orión. He visto brillar boñigas descomunales porque algún "illuminati" lo ha decidido. He visto escritores desesperados colgarse de la puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir.

—¡Petra! ¡Eso no lo digas ni en broma, que nosotras ya tenemos una edad!

—¡Hija, Olga, pareces tonta! ¿No ves qué…? Bueno, no sé si lo digo de mentira o de verdad.

—No… Si yo digo lo de que ha llegado el momento de morir…

—¡Anda ya, pava! De aquí vamos a salir las tres más fuertes que el vinagre. ¡En peores plazas hemos toreado! Yo me refiero a la escritura.

—Olga, ¿no ves que ya nadie escribe relatos basados en hechos reales? Como nuestra vida, por ejemplo, que eso si que es un relato, ¡qué digo un relato!. Eso es un poema, pero claro, eso no tiene interés.

Ahora hay que hacer cosas que necesitan una triangulación con Alfa Centauro para entenderlo y si no, fíjate en todo lo que se hizo durante el confinamiento.

Durante ese tiempo, a todo el mundo le dio por hacer pan y por escribir y por hacer cortos, en su mayoría infumables pero que han tenido una gran repercusión.

Lo digo en serio Olga y de eso tienen la culpa escritores y realizadores que fueron brillantes y se apagaron, pero aún juegan a ser dioses. Otros, sencillamente se quedaron faltuscos, pero con poder decisorio. Viven como en el cuento de "El traje nuevo del emperador" y nadie les dice nada.

Olga ve que se queda seria y le pregunta —¿Te pasa algo?

—No, que a veces pienso…

—Pues no pienses y actúa, que con la que se nos ha venido encima es lo que nos toca, pensar nunca fue bueno —le replica Olga

Petra se sienta de nuevo y comienza a escribir un relato, un relato que no va a interesar a nadie por lo real, por lo mundano, un relato simple, sin complejos, acerca de la vida de dos hermanas que se ríen por no llorar, acostumbradas a torear la vida y siempre al borde de la cornada.

Dos hermanas encerradas con una madre Covid positivo a la que han echado del hospital porque necesitan la cama y ella, Petra, se pregunta sin poder responderse: ¿Para quién es la cama, si no es para mi madre? ¿Para alguien más joven? ¿Quién elige y quién condena?

Bueno, aquí estamos, en la casa de Asterión, en la misma soledad en la que estaba el pobre Minotauro.

Su hermana la mira y se ríe de la cantidad de aspavientos que hace cuando escribe y se pregunta qué estará escribiendo para hacer tanto visaje y le dice:

—¿Te das cuenta Petra que nos han echado a los leones, y fíjate la gracia que tiene el asunto que somos dos negativas muy positivas cuidando de una positiva muy negativa? Porque las cosas como son Petra… La pobre mamá ha sido siempre muy negativa, aunque ahora haya dado positivo.

Explotan las dos en una sonora carcajada.

—¡Hay que ver Olga! Esto es todo tan surrealista que tengo la sensación de estar en un sueño del que no voy a despertar. Tengo la certeza de que esto es el destino que nos esta poniendo a prueba, pero ¿sabes qué te digo? Que todo va a salir bien.

—Ojalá tengas razón. Petra ¿De qué va el relato que estas escribiendo?

—De tonterías, cosas que le pasan a la gente corriente, héroes anónimos a los que nadie aplaude por hacer lo que deben hacer en cada momento. La historia va de dos hermanas que, teniendo una madre gravemente enferma, le piden al cielo un milagro.

—Y… ¿el cielo se lo concede?

—Sí, pero a cambio les pide un sacrificio.

—¿Qué sacrificio les pide? ¿Cómo termina el relato?

—¿Quieres que te lo lea?

—Me encantaría.

—Pues siéntate que empiezo.

Y Petra lee… “Basado en hechos reales”.

Un tipo extraño

Esmeralda Egea

Salgo con el tiempo justo de casa. Agarro el bolso, las llaves y me voy por la puerta con un sobrealiento que hace que tenga que detenerme. Maldigo en voz alta: —He vuelto a olvidarme las gafas. No soy nada sin ellas, ni siquiera cuando el cielo está cubierto. Estoy a punto de subir a buscarlas, pero llevo diez minutos de retraso y toda una semana llegando tarde a trabajar.

Estoy parado en un semáforo y la veo llegar a lo lejos. La manera que tiene de moverse es inconfundible. Va con paso apresurado. Me fijo en su bolso; lo lleva medio abierto y por el resquicio le asoma el mango del paraguas. Hoy no lleva las gafas de sol y a pesar de que sus ojos se ven hinchados, está preciosa. Enciendo un cigarro sin dejar de observarla; hoy tampoco se ha lavado el pelo, lo lleva recogido, y el cabello que amanece en sus sienes se le pega al cráneo como si estuviera pegado con cera. Ha cambiado de abrigo; este se ajusta en exceso a su cintura, quizás sea porque se ha abrochado demasiado el cinturón. La noto nerviosa, mira sin parar su reloj. Otra vez llega tarde, lleva toda la semana saliendo con retraso. Si fuera mi novia, eso no le ocurriría, la llevaría en mi moto a donde hiciera falta, incluso, al fin del mundo.

Otra vez ese tipo. Desvío mi mirada y disimulo observando mi reloj. Ese hombre; ¿me observa todos los días? O, ¿me estoy volviendo una paranoica? Se ha encendido un cigarro; es el mismo ritual de todas las mañanas; llego a la parada del autobús y ahí está, da igual si salgo puntual o no, pero todos los días, de lunes a viernes está ahí, es como si formara parte del mobiliario,

pero ese no es el problema; mi inquietud es que me siento observada, vigilada. Mañana me desviaré por otro camino, eso será lo que haga. Lo tengo decidido.

Ha subido al autobús. Es hora punta y tendrá que lidiar con un montón de gente para poder encontrar un asiento. Si fuera mi novia eso no le ocurriría, la llevaría todos los días a trabajar, no tendría que volver a coger el autobús abarrotado, ni tendría que aguantar empujones, por supuesto que no. La llevaría donde hiciera falta. Por ella sería capaz de hacer cualquier cosa.

Abro la puerta y acaricio al gato. Después de un año viéndolo casi a diario, aún no se su nombre. Se enreda entre mis piernas y me pongo a su altura para sentir su leve ronroneo. Hoy la casa está echa un puto desastre; la taza del desayuno está en una balda del cuarto de baño, un sujetador asoma colgado en una silla; lo acaricio y lo huelo. El bote de gel está en medio de la bañera, y un olor a coco se ha apoderado por completo. Abro la puerta de su habitación; la cama está completamente desecha. —¿Cómo lo hará para dejarla así, durmiendo sola?— Me descalzo y me tumbo. Huelo la almohada y me impregno de su olor. Me bajo los pantalones, pero entonces oigo un ruido que no me es familiar, me abrocho rápidamente el botón del pantalón, y cojo una horquilla suya que está al lado de la lámpara de la mesilla, lleva dos pelos enganchados y meto el pasador en uno de mis bolsillos. Me despido del gato hasta mañana. Dejo la llave en un pequeño hueco que tiene al lado de su puerta. Sé que es su llave de emergencia. Es lo que tiene llevar dos años siguiendo sus pasos.

Hoy me caerá otra bronca. En el fondo mi jefe tiene razón; no puedo llegar toda la semana tarde. De todas las maneras, de lo que me tengo que acordar mañana es de coger el desvío de la calle Mallorca, y coger el autobús en la avenida. No quiero volver a encontrarme con ese tipo, no se lo que es, pero hay algo en él que me pone los pelos de punta. Lo tengo decidido,

mañana iré por el otro camino. Sólo espero no volver a verlo nunca más.

Un tipo extraño

Esmeralda Egea

Salgo con el tiempo justo de casa. Agarro el bolso, las llaves y me voy por la puerta con un sobrealiento que hace que tenga que detenerme. Maldigo en voz alta: —He vuelto a olvidarme las gafas. No soy nada sin ellas, ni siquiera cuando el cielo está cubierto. Estoy a punto de subir a buscarlas, pero llevo diez minutos de retraso y toda una semana llegando tarde a trabajar.

Estoy parado en un semáforo y la veo llegar a lo lejos. La manera que tiene de moverse es inconfundible. Va con paso apresurado. Me fijo en su bolso; lo lleva medio abierto y por el resquicio le asoma el mango del paraguas. Hoy no lleva las gafas de sol y a pesar de que sus ojos se ven hinchados, está preciosa. Enciendo un cigarro sin dejar de observarla; hoy tampoco se ha lavado el pelo, lo lleva recogido, y el cabello que amanece en sus sienes se le pega al cráneo como si estuviera pegado con cera. Ha cambiado de abrigo; este se ajusta en exceso a su cintura, quizás sea porque se ha abrochado demasiado el cinturón. La noto nerviosa, mira sin parar su reloj. Otra vez llega tarde, lleva toda la semana saliendo con retraso. Si fuera mi novia, eso no le ocurriría, la llevaría en mi moto a donde hiciera falta, incluso, al fin del mundo.

Otra vez ese tipo. Desvío mi mirada y disimulo observando mi reloj. Ese hombre; ¿me observa todos los días? O, ¿me estoy volviendo una paranoica? Se ha encendido un cigarro; es el mismo ritual de todas las mañanas; llego a la parada del autobús y ahí está, da igual si salgo puntual o no, pero todos los días, de lunes a viernes está ahí, es como si formara parte del mobiliario,

pero ese no es el problema; mi inquietud es que me siento observada, vigilada. Mañana me desviaré por otro camino, eso será lo que haga. Lo tengo decidido.

Ha subido al autobús. Es hora punta y tendrá que lidiar con un montón de gente para poder encontrar un asiento. Si fuera mi novia eso no le ocurriría, la llevaría todos los días a trabajar, no tendría que volver a coger el autobús abarrotado, ni tendría que aguantar empujones, por supuesto que no. La llevaría donde hiciera falta. Por ella sería capaz de hacer cualquier cosa.

Abro la puerta y acaricio al gato. Después de un año viéndolo casi a diario, aún no se su nombre. Se enreda entre mis piernas y me pongo a su altura para sentir su leve ronroneo. Hoy la casa está echa un puto desastre; la taza del desayuno está en una balda del cuarto de baño, un sujetador asoma colgado en una silla; lo acaricio y lo huelo. El bote de gel está en medio de la bañera, y un olor a coco se ha apoderado por completo. Abro la puerta de su habitación; la cama está completamente desecha. —¿Cómo lo hará para dejarla así, durmiendo sola?— Me descalzo y me tumbo. Huelo la almohada y me impregno de su olor. Me bajo los pantalones, pero entonces oigo un ruido que no me es familiar, me abrocho rápidamente el botón del pantalón, y cojo una horquilla suya que está al lado de la lámpara de la mesilla, lleva dos pelos enganchados y meto el pasador en uno de mis bolsillos. Me despido del gato hasta mañana. Dejo la llave en un pequeño hueco que tiene al lado de su puerta. Sé que es su llave de emergencia. Es lo que tiene llevar dos años siguiendo sus pasos.

Hoy me caerá otra bronca. En el fondo mi jefe tiene razón; no puedo llegar toda la semana tarde. De todas las maneras, de lo que me tengo que acordar mañana es de coger el desvío de la calle Mallorca, y coger el autobús en la avenida. No quiero volver a encontrarme con ese tipo, no se lo que es, pero hay algo en él que me pone los pelos de punta. Lo tengo decidido,

mañana iré por el otro camino. Sólo espero no volver a verlo nunca más.

El futuro del pasado

Cristina Hontanilla

Era la primera vez que visitaba la tumba de mis abuelos. Últimamente me había puesto a escribir con más seriedad que en tiempos anteriores y me gustaba dar paseos por lugares de mi pasado. Esperaba que el pueblo de mis padres donde pasaba los fines de semana cuando era niña, desatasen mi inspiración y me revelasen el camino para iniciar mi próxima historia.

El cementerio estaba vacío cuando llegué. Parecía que no iba a llover, pero pronto empezó a refrescar y la brisa otoñal levantó las hojas del suelo y el vello de mis brazos. Me senté frente a la tumba donde descansaban las almas de mis abuelos y me abracé las rodillas para darme calor mientras les hablaba en voz alta. Después de años haciéndolo mentalmente por las noches en la cama, me dio paz hacerlo frente a su lápida conjunta.

Un soplo de viento me sacó de mi monólogo y de repente, bajo las hojas caídas, vislumbré un vieja llave oxidada puesta en el lateral de la tumba, casi en la esquina frontal. Aparté las hojas y, sorprendida, me incliné a tocar la llave. Estaba pegada, pero se notaba que el paso de los años había debilitado la unión y con un movimiento brusco fui capaz de despegarla.

La miré confusa. "¿Qué hacía una llave así pegada, como con disimulo pero a la vista?", pensé. Me disculpé en voz alta ante la tumba y me dirigí al coche. Me senté dentro varios minutos, bajando la música e intentando escuchar alguna voz en off que me explicará qué hacía aquella llave medio pegada a la tumba de mis abuelos.

Me fijé más en ella y entonces un escalofrío recorrió mi cuerpo, y no era solo por el frío. La llave llevaba las iniciales de mis abuelos, y un número grabado: el de su casa.

Nerviosa, arranqué el coche y conduje hasta allí por el pequeño pueblo. Cuando llegué a la puerta, fui capaz de abrirla tras unos cuantos tirones y empujones. Recordé que ya no había luz. Volví al coche y cogí la linterna que llevaba en el maletero, junto al resto de herramientas que llevaba por si alguna vez surgía un accidente.

Entré a la casa y la luz mostró miles de partículas de polvo volando en el ambiente. "No estoy sola", pensé con una guasa cargada de miedo. Miré a mi alrededor. No podía apreciar demasiado por la falta de luz natural, pero podría haber recorrido todas las estancias, de una a otra, con los ojos cerrados. Conocía aquella casa perfectamente. Fui a la salita y abrí la doble ventana de madera, dejando pasar algo más de luz.

Me giré y, quieta, visualicé por un instante a mis abuelos; él sentado en su butaca a un lado, y mi abuela en el sofá, presidiendo. Di unos pasos y me acerqué a la mesa. Entonces me di cuenta de que había una caja de cartón gastado, no muy grande, y encima un papel. Era una carta doblada.

Sentí que si abría la caja sin antes leer la carta, estaría rompiendo la intimidad de mis abuelos, aunque llevase allí años. Así que la abrí y leí con la tenue luz de la linterna.

"Sea lo que sea que hayas tardado en visitarnos, yo esperaba tu visita desde que el abuelo falleció y supe cuál sería mi estancia para la eternidad. Por eso yo misma dejé una copia de la llave grabada, para traerte hasta aquí. En la caja tienes todos nuestros recuerdos, fotografías antiguas, cartas que tu abuelo me escribía, pensamientos que yo compartía en silencio cuando tu madre era pequeña y estábamos solas… Ahí está el pasado, y quizá también el futuro de tu libro. Siempre supe que escribirías. Cierra la puerta con la llave al salir, yo ya me habré ido".

El café de la esquina del tiempo

José Luis Najenson

"Sólo es nuestro lo que perdimos"

(Jorge Luis Borges)

El tiempo del sexo, como el del peligro, es cual una cinta de Moëbius: no tiene un final aparente, pero —igual que la superficie unilateral—puede prolongarse ad infinitum sin alcanzarlo nunca. Todo ocurrió en esa efímera pero eterna tarde de diciembre, bajo una sabia lluvia que parecía cesar a ratos, como comprendiendo.

Recordé, mientras marchaba a una cita galante con una alumna de antaño, en un Café de la calle Universidad, cierta erudita disquisición que había hecho en mis clases sobre el sujeto de los verbos impersonales: "Llueve es una oración completa, aunque sólo contenga una palabra, pero ¿cuál es el sujeto, ¿qué o quién llueve? No hay una clara respuesta. Y dejemos el dónde para otro cuándo, o viceversa".

El Café estaba repleto, en el medio bullía un fuego de estufa antigua, que convertía al recinto en una especie de cabaña campesina aislada en la tormenta. Pero lo más inquietante era la presencia de una mujer desnuda, cuyas ropas se secaban sobre la estufa y su rostro traslucía, a la vez, gran dolor e ira. Los profesores digitados por la dictadura militar y sus ayudantes habían copado el lugar, nuestro Café de mejores épocas, y no parecían extrañados, sino más bien divertidos, por la presencia de la mujer desnuda.

Me acerqué a ella, deslumbrado por la certeza de su cuerpo, sin saber si era o no mi alumna, y sus rasgos se fueron acentuando como si alguien, despaciosamente, la pintara: ojos tristes, lejanos; un pubis enhiesto, de ralo vello azabache y los pechos pequeños y redondos como bolas de billar. Había venido de un afuera imposible, porque a través de los ventanales, mal protegidos por los aleros de tela basta, se alcanzaba a ver un templo y un bosque que no podían estar allí.

No obstante, la mujer parecía real y temblaba entre las ondas de calor ascendente de la estufa que distorsionaban su forma sin aliviarla. «Quiero que se me pase el frío», dijo, «de cualquier modo que sea». Le ofrecí mi capa de lluvia con un ademán que intentaba ser caballeresco.

Mientras ajustaba la capa sobre sus hombros, atiné apenas a tocarle los pechos; noté así que las perfectas esferas de sus senos estaban cuarteadas por cicatrices recientes. La capa cayó al suelo como un disfraz de medianoche y nos besamos largamente, sin pudor.

Después, vistiéndose de prisa con la ropa todavía húmeda, me dijo en un susurro: "Vete rápido, he puesto una bomba en la estantería". Y miró hacia un rincón del bar, donde campeaba la foto del Presidente Echeverría, cacheteada por un grafito elocuente: Tlatelolco, 68.

Eso fue todo, salí disparado por la abertura verde hacia la lluvia, que ya no cesaba.

No logré, o no quise, oír la explosión, o tal vez no se produjo nunca. Creo haberme salvado, haber huido. ¿Por qué entonces he regresado tantas veces y todo torna a repetirse casi de la misma manera? Eso es lo que más me aterra. Esta vez, ni siquiera alcancé a acariciarle los pechos…

Yellow

Juantxu Bohigues Fernández

El otro día llegaba a mi casa cansado, con los gemelos y muslos hinchados, la planta de
los pies agujereada y con unos zapatos baratos y me fijé en un grupo de vecinos del
barrio que estaban volcando un contenedor de Carrefour.
Mujeres árabes con velo llevando bolsas de plástico. Un senegalés introduciéndose en el
contenedor y removiendo los desperdicios. Carne podrida, huevos rotos, lecha agria.
El vecino surafricano se metió dentro del contenedor, se sumergió, desapareció en su
interior mientras los taxistas fumaban sus pitillos.
Miro a ese chico africano que se podría llamar Pita, Muusa o Yalo llenándose la ropa de
lechugas negras, manchas de harina, resto de tomate por sus hombros. Escogiendo aquél
tipo de comida que todavía puede salvarse, sin pensar en su dignidad, sin analizar lo que
está haciendo, sólo saciando su hambre. El contenedor tiene un lateral apoyado en el
suelo, de la oscuridad de la calle Tribulete siguen llegando más huéspedes con bolsas de
plástico, incluso algunos compiten por el puesto de meterse en el contenedor. Hay un
pequeño forcejeo por un paquete de pollo caducado.
De una esquina del contenedor cae un chorro de líquido amarillo procedente de yemas

podridas. Ese afluente viscoso mancha de color amarillo la superficie de los adoquines,
zigzaguea entre la calle y desploma sus aromas entre las rendijas de una alcantarilla.
Mientras me coges de la mano, pienso en el melanoma que le come la carne a mi madre,
en la mitosis de sus células, cómo no pueden defenderse las células buenas del brutal
ataque traidor de las cancerígenas. Soy testigo de la aparición de sus ulceraciones y del
diagnóstico expresado en voz baja por la cirujana, diciéndome "El pronóstico no es
bueno".
Mientras me coges de la mano salimos del metro Sevilla subiendo por unas escaleras, y
descubrimos varios coches de antidisturbios con las portezuelas traseras abiertas.
Seguimos rumbo a nuestro hogar, mientras en la calle Príncipe un contenedor está
ardiendo y los bomberos en huelga se niegan a apagarlo.
Una vez llegamos a Lavapiés, subimos por nuestra calle Olivar.
Entre la cafetería Olivar 54 y el portal de la calle de enfrente, hay un agujero en la calle,
un hueco sin adoquines. Nos paramos a contemplar un chorro de pintura amarilla que
sale de su interior, burbujeante, no caliente, formando grumos. Una tubería perforada de
un río de pintura amarilla.
Nos echamos a un lado para no ser salpicados. El caudal de pintura sigue aumentando,
encharcando la calle en todas direcciones. Seguimos hacia nuestra casa sin
preocuparnos.

Dos semanas antes pintaron nuestra casa, de un color amarillo térrico, amarillo Van
Gogh y sobraron un par de botes de pintura.
Un domingo por la mañana mientras Eugenia está abriendo el quiosco, justo al lado de
un parque infantil, y acompañado por esos dos botes me sitúo en el centro de la plaza.
Lentamente retiro las tapas de los bordes y el interior del líquido lo dejo caer desde la
parte superior de mi cabeza, hasta cubrir todo mi cuerpo. Mi rostro empieza a
desaparecer, ya no tengo rasgos faciales, el color grisáceo de mis ojos se vuelve
amarillo. Sigo volcando el interior de los botes hasta convertirme en una masa uniforme
color amarillo.
Mi ropa se funde con mi carne formando una única capa, el pelo se disuelve con mi piel,
el anillo de casado desaparece, las extremidades inferiores empiezan a ceder.
Hago un último esfuerzo hasta que se quiebran las rodillas y vierto los restos del líquido
amarillo sobre mi cuerpo que empieza a desintegrarse.
Mis ojos han desaparecido… y mi boca. Caigo de costado. Noto como mi carne se
funde con la pintura, como mi piel absorbe los zapatos, como se van fundiendo mis
piernas con mis brazos. No me queda tiempo, lo entiendo, lo último en quebrarse es la
columna y la cabeza.
Como un ninot de falla, mi cabeza chapotea en un charco amarillo. Me estoy
disolviendo, y con ellos mis pensamientos, y mis ideas. Ahora que nos cambiábamos

de piso, ahora que queríamos tener un hijo.
El líquido amarillento realiza un descenso hacia la calle Valencia.
El quiosco vende sus periódicos.
El líquido amarillento se va secando.

Los heraldos negros

Juantxu Bohigues Fernández

A mi padre lo recuerdo siempre con jerséis de cuello doblado, y un enorme hedor que
salía de sus axilas; le gustaba comer a grandes bocados y solía manchar la pechera de
toda su ropa.
Por la mañana, la mejor forma que tenía de despertarnos era poniendo sus discos de
ópera. Falstaff, Tanhaüser, Don Giovanni.
No desayunábamos, no había nada que desayunar, tan solo agua. Las bolsas de té, no las
tirábamos, las guardábamos hasta que el agua dejaba de teñirse.
Sus buenos días eran la siguiente frase: "Trae algo para comer".
Mi herramienta de trabajo era una navaja, regalo de mi padre. No recuerdo ningún otro
regalo por parte de él.
Aquí no hay policía, ni ejército, dicen que hay guerra, pero nosotros solo escuchamos
ruidos de fondo. Nadie explica nada. No hay periódicos. La mayoría de los comercios
están cerrados. Sólo por la noche nos refugiamos a escuchar la radio, sólo una hora y
muy bajito. Ya nadie vende pilas, y el fluido eléctrico lo cortan sin avisar.
Helena Dementieva, mi vecina, me contó una vez que un hombre la persiguió con un
hacha porque quería comérsela, pero no acabo de creérmelo.

Ella es muy fantasiosa. De todas maneras, nunca salgo por la puerta de entrada. Bajo al sótano, entro en la carbonera, ahora está vacía. Han robado todo lo que había, y a través de una ventana de cristales rotos salgo al exterior.

Hay vecinos que hace meses que no veo, simplemente dejaron de salir a la calle.

O emigraron a otros pueblos, o han sido detenidos, o quizás estén muertos.

Escucho ruidos y me echo al suelo, cubriendo los laterales de mis pantalones con la nieve para que no refleje a lo lejos.

Hay un emisario gubernamental que ha entrado en el barrio, bien alimentado, pelo corto rubio, con un casco al que le cuelga una borla que se mueve divertida mientras él camina. Botas relucientes, andar distinguido y un sobre en la mano. Camina por el centro de la calzada con aplomo. Gira a la derecha hacia la estación de trenes, desconoce que ya no está en funcionamiento. Sigo tirado en el suelo aplastando la nieve con mi barbilla.

Del comercio de los televisores salen dos tipos desdentados, sucios, con el pelo grasiento, los pantalones rotos. Tienen una barra de hierro en la mano. Un chico de ojos hundidos y negros, rasgos indios y con la mano en los bolsillos se une a la comitiva.

Cuando ha desaparecido el soldado, y los sicarios, todavía espero un poco antes de

levantarme. Decido acercarme a un cuerpo que estaba boca abajo.
Al llegar junto a él, miro alrededor por si alguien me hubiera seguido, le doy la vuelta y
la nieve está manchada de rojo, justo a la altura del corazón. Los cadáveres no me
asustan, he visto varios, sólo son cuerpos humanos sin vida. El hielo los conserva bien,
y nadie viene a recogerlos. Antes Helena y yo les poníamos nombres, hacíamos juegos
con ellos y formaban parte de nuestros amigos. Hasta que los cuerpos empezaron a
desaparecer.
Los pechos de la señora habían sido arrancados, la zona de los pezones había
desaparecido. Sólo quedaban unos huecos en su lugar y la zona interior había sido
abierta. El cuerpo estaba frío. Salí de allí corriendo y me alejé del lugar.
Aparece el barbudo calvo con un bote de tomate, pasa por delante de mí, no lo vi venir.
Y me metí en el agujero. Tenía la boca roja. Tras él van apareciendo el resto de los
sicarios, y uno de ellos lleva el gorro del soldado y la borla ya no se muestra tan
divertida.
Salgo en sentido contrario a los desalmados. Hay restos de ropa, sangre en la nieve, y
medio enterrado un cuerpo, el emisario gubernamental. Vaciado por dentro. Desnudo, y
las nalgas rebanadas. A su lado un bote de tomate.
Saco mi navaja y corto los trozos de carne dónde lo dejaron los otros, la zona de las

nalgas, y me pongo a llorar. No entiendo por qué lloro. Pienso en Helena Dementieva
jugando entre cadáveres.
Los trozos de carne los meto en el interior de mi abrigo y salgo disparado llevándole la
comida a mi padre.

Eternas

Txabi Anuzita Alegria

De alguna manera tendré que decirte que todo ha terminado. Recoger tu lánguida mano y acariciarla de la manera más tierna; de alguna manera terminar con el dolor que compartimos; decirte calladamente que te quiero tanto, que formas parte de mi y que por esa razón no puedo verte así.

De alguna manera sobran estas palabras, mi amor; pero preciso escucharme mirándote; verte y sentir todo mi amor al decirlas. Mirar, ver tu mirar ausente y llorar estas lágrimas que nadie ve; estos hipidos que nadie escucha; este tembleque que nadie abraza.

De alguna manera te daré mi más tierna declaración de amor para dejarte ir; porque te quiero tanto no puedo verte más así; porque adoro tu vida junto a mí debo terminar con esta lenta agonía; porque somos parte indivisible compartiremos esta separación.

Tienes desde hace días la mirada perdida; pienso que fija en algún recuerdo de nuestra vida en común. Son ya más de cuarenta años compartidos. ¿Cómo resumirlos? ¿Cómo recogerlos ahora, en este momento?

Recuerdo el día que nos dieron la noticia de que el mal que acoge tu cuerpo era terminal. Que no había opción a la cura, tan sólo al alivio y a la espera. Que no podrías volver a casa y esperar el desenlace en tu entorno, abrazada al aroma de los recuerdos que desprenden las paredes de nuestra casa. Me entregaste la mirada más triste y el silencio mas espeso, la certeza nos dio un mazazo sin retorno. Habría que afrontar la

vida aceptando su final. Nos preguntamos cuánto tiempo nos queda y no nos dieron mas de tres meses; no aceptamos quedarnos y pedimos regresar juntas a casa, y aquí estamos desde hace mas de seis meses.

Te miro. Sabiendo que ni me miras, ni me ves. ¿Me sientes? ¿Me oyes? ¿Me quieres? ¿En ese cuerpecito bateado por la enfermedad cabe nuestro amor? Echo de menos esa forma tuya de mirarme cargada de ironía y escepticismo cuando te preguntaba cuánto me amabas; porque eras escasamente proclive a demostrar tus sentimientos; y yo te miraba embobada y cada tentativa de sonrisa era un triunfo de nuestro amor. Me muero, ahora, por un amago de vida que me diga que estás ahí y que me sientes tuya; no ya que me amas, sino que me sientes cerca y tuya. Entregada.

Tendré que olvidarte, por mucho que quiera no es fácil ya sabes, eres mi única certeza vital y ahora tengo que despedirme de ti. Apriétame, aunque sea levemente la mano. Dime que sí, que quieres despedirte y que aceptas mi decisión. Me han asegurado que no notarás nada.

Me faltan las fuerzas. Es nuestro momento más intenso e íntimo.

¿Sentiste dolor? ¿Sigues ahí? ¿Conmigo? ¿Ha sido eso una despedida? ¿Has sonreído? Ya no estás. Qué fría es la cera de un beso de nadie.

Ahora me toca a mí. Nada te dije, pero me voy contigo. Tengo otra dosis. Ya está. Y nada más, apenas nada más.

Tu y yo. Eternas.

Todo saldrá bien

José Miguel Abajo Soler

Miró sorprendido el revolver que sujetaba en su mano derecha. Estaba caliente y el humo tenue que salía de su cañón desprendía un inconfundible olor a pólvora. Acercó su mano a su sien derecha. Pudo palpar un círculo caliente allí donde el disparo había chamuscado la piel, en el mismo lugar en que el arma había presionado su cabeza. No había duda, seguía vivo. Y eso era lo inexplicable. Hoy era el día. Había presentido que por fin el percutor no encontraría un cilindro vacío. Este juego de la ruleta rusa se prolongaba ya más de lo estadísticamente probable. Cada vez la probabilidad era la misma, un sexto, 16,66666% de posibilidad de que se produjera el disparo. No era una probabilidad desdeñable. Y él no había jugado sólo una vez, sino varias. No recordaba cuándo había tropezado en el fondo de uno de los cajones de su mesa de despacho con ese revolver Smith&Wesson que había traído como un souvenir de uno de sus viajes a Estados Unidos. Era tan fácil entrar allí en una armería y salir con un revolver. No había vuelto a acordarse de ella. Hasta aquel día en que, buscando algo, su mano había tocado el frío cañón del arma. La había sacado del fondo del cajón inferior de su mesa y al mirarla recordó, como si fuera ayer, la armería en que la compró. Las reuniones de ese día con los gestores de fondos del Bank of New York Mellon habían terminado. Tenían libre la tarde noche. Ya había estado en los principales puntos de atracción turística. Así que pensó acercarse al Zoo de Central Park. Después de haber visto los leopardos de las nieves, los pandas rojos, y el pingüino

rey, se encaminó de vuelta al hotel. Una tienda en Madison Avenue llamó su atención. Por fuera parecía una boutique de ropa para caballeros. Dentro, junto con prendas propias de la londinense Savile Row, había una colección de armas. Un revolver Smith&Wesson atrajo su interés. Preguntó por él al dependiente que gustosamente abrió la vitrina y se lo mostró. Le gustó cómo encajaba en su mano, fuerte y flexible a la vez. El precio no le parecía excesivo. No lo necesitaba en absoluto, pero no pudo resistir el impulso. Así que en lugar de con una camisa de gemelos, salió de la tienda con un Smith&Wesson. Nada más llegar al hotel ya estaba arrepentido de haberlo comprado. Pasar sin problemas los controles aeroportuarios de origen y destino se le antojaba algo imposible. De algún modo lo consiguió. Lo guardó en el fondo del último cajón de su mesa y lo olvidó. Hasta que hace poco los problemas crecieron hasta parecer irresolubles. Cuando al suscribir su seguro de vida le comentaron, como curiosidad, que el suicidio estaba cubierto siempre que se hubiera satisfecho la prima de la segunda anualidad, no le dio mayor importancia. Cuando la situación devino imposible, buscó nervioso la póliza y comprobó que había transcurrido más de un año desde que la había contratado y que junto con el documento guardaba los recibos de las dos primeras primas. El plan se formó casi por sí solo. Con mucha dificultad compró un silenciador y una caja de munición. Escribió una carta de despedida a su familia que guardó en un sobre junto al arma. Y comenzaron sus noches de ruleta rusa. Quería terminar con todo, pero deseaba también que el destino jugara su carta. Así que cuando la calma reinaba en su casa, se sentaba a la mesa de su despacho, cogía el revolver y la carta de adiós y giraba el tambor. Apoyaba el cañón en su sien y cerrando los ojos, apretaba el gatillo. Nada había ocurrido hasta hoy. Esta noche el percutor había golpeado el cartucho, pero seguía vivo. No conseguía explicárselo. Guardó el revolver y la carta y

acariciándose la sien abrió la puerta. Allí estaba su mujer con un bote de pomada Silvederma en la mano y un puñado de gasas. Sin decirle nada comenzó a curarle. Mientras la gasa cubría la capa de pomada, sus ojos se posaron sobre un dibujo que habían realizado sus hijos con un arco iris y una leyenda: todo saldrá bien.

Impostores

José Ramón Codina Villalón

Al niño nos lo cambiaron en la puerta de la guardería. Entre una maraña de cabezas flotantes, brazos ansiosos y abuelos despistados. Esos malditos uniformes no ayudan en absoluto a diferenciarlos. Parecen todos iguales. Tan dubitativos y balbuceantes. Tan anhelantes de ser tomados en brazos, besados. Nos costó un tiempo darnos cuenta. Como los demás, tenía sus dos piernas, sus dos brazos, dos ojos y una boca. Mi esposa, siempre más atenta a los detalles, fue quien me advirtió del equívoco. «Paco. Este no es el nuestro ¿No le notas nada raro?», insistía. Yo, la verdad, sigo confundido. Aunque debo reconocer que sí notaba algo diferente. Esa lengua de trapo que él tenía ya no era tal. Este, al que llamaremos N2 para no confundirnos, hablaba por los codos. Si bien es cierto que lloraba menos, manejaba con destreza el imperativo. Un extenso vocabulario de demandas. "Dame, quiero, más¨, siempre con la exigencia de la inmediatez y el NO pegado a los labios. Tenía ese irritable timbre de voz y la fea costumbre de preguntar, una y otra vez, el porqué de las cosas. Aun así, apechugamos con mi despiste y decidimos cuidarlo unos años. Diez, para ser exactos. «Quién sabe si el nuestro habría sido peor. Más exigente, más tirano», nos repetíamos como consuelo.

Tiempo después volvieron a cambiárnoslo. Esta vez no fue un descuido mío. Lo juro. Él unilateralmente decidió no volver del instituto. Se parecía bastante a N2. Dos piernas, dos brazos, dos ojos y una boca. Pero no era él. En su lugar apareció un muchacho, N3, de voz impostada y bigote incipiente que, sin el

mínimo decoro, arrasó con la nevera y las tarjetas de crédito. Hablaba en un idioma desconocido para nosotros. Y aunque, dios me libre, mi esposa y yo hicimos titánicos esfuerzos por entenderle, nos fue imposible. Apenas nos comunicábamos. Nada más allá de sonidos guturales y notas de dudosa ortografía pegadas en el frigorífico. Aunque nuestro hogar es minúsculo, se las arreglaba para no coincidir con nosotros. Transitaba por la casa en horarios absurdos, en una especie de entrenamiento insomne. Durante el día se encerraba durante horas en el aseo canturreando sus canciones.

Una tarde, no alcanzamos a saber por qué, vino muy enojado. Mascullaba blasfemias en su dialecto incompresible. Se encerró en su cuarto durante años. Sabíamos que seguía en casa por los restos de comida o por los murmullos incesantes de su habitación. Un tiempo después, sin que nada trascendente ocurriera, un día cualquiera, se decidió a salir. Y salió, y volvió a salir. Apenas entraba. Supimos de la continuidad de su existencia porque el cubo de la ropa sucia seguía rebosante de sus prendas malolientes. Nos costó lo suyo, pero por fin, hemos conseguido echarlo. Mi esposa y yo disfrutamos de largas tardes de lectura. Hasta hemos recuperado el gusto por viajar. En casa reina un silencio atronador. El domingo pasado, cuando nos disponíamos a degustar una magnífica paella, sonó el timbre de casa. «Soy yo», afirmó desde el otro lado de la puerta con seguridad. Se trataba de hombre de mediana edad, pasado en carnes y con el rostro devorado por el sueño. Venía acompañado de una atractiva mujer y cuatro niños. Amenaza con que a partir de ahora vendrá a comer todos los domingos. Insiste una y otra vez en que le llame hijo y a los niños, a los que obliga a darme besos, nietos. Le llamaremos N4 para no confundirnos.

Índice





"El **Premio Café Español** es una temeridad, una pequeña historia de ambiciones posibles", asegura el periodista ciudarrealeño Aurelio Romero, miembro del grupo promotor y coordinador del **Premio Café Español** que en este difícil año 2020 ha cerrado su tercera edición con la participación de 162 escritos procedentes de Andalucía, Madrid y el País Vasco, especialmente, y otros muchos llegados de países como Australia, Israel, Argentina, Ecuador, Perú o Puerto Rico o Inglaterra. Este volumen recoge los 50 relatos seleccionados por el Jurado. El Premio Café Español (relato corto) se distingue por difundir todos los relatos y sus autores y autoras a través de internet y, una vez publicados, el Jurado elige el relato ganador. "Hemos saltado las fronteras para un pueblo pequeño como Villanueva del Rey, en la Sierra Morena cordobesa", dice Aurelio Romero, coordinador del concurso y miembro del grupo familiar ***Rosablanca***, promotores del Premio y oriundos de dicha localidad.



Escanea este código para leer la entrevista completa en Diario Lanza Digital.